

«**Folding Beijing**», de **Hao Jingfang**. Publicado por primera vez en chino: *ZUI Found*, febrero de 2014; publicado por primera vez en inglés: *Uncanny*, enero-febrero de 2015, traducido por Ken Liu. Texto inglés © 2015 by Hao Jingfang y Ken Liu.

INTRODUCCIÓN

Sueños de China KEN LIU

Esta antología reúne parte de la ficción breve especulativa procedente de China que he traducido a lo largo de varios años y recopilado en este volumen. Algunos de los relatos han ganado premios en Estados Unidos, otros se han seleccionado para antologías de lo mejor del año, otros han recibido reseñas favorables por parte de críticos y lectores, y otros tan solo son mis favoritos.

China tiene una cultura muy dinámica y variada en lo que a ciencia-ficción se refiere, pero apenas se traducen unas pocas historias, lo que impide que los lectores que no conocen el idioma sean capaces de apreciarlas. Espero que esta antología sirva de punto de partida para los lectores de todo el mundo.

La expresión «Sueños de China» es un juego de palabras con el eslogan «Sueños chinos» que el presidente Xi Jinping¹ usó para referirse al desarrollo del país. La ciencia-ficción es la literatura de los sueños, y los textos oníricos siempre nos dicen algo acerca del soñador, del que interpreta los sueños y de la audiencia.

Siempre que sale a relucir la ciencia-ficción china, los lectores anglófonos me preguntan lo mismo: «¿En qué se diferencia la ciencia-ficción china de la que se escribe en inglés?».

Suelo decepcionarlos y responder que la pregunta no está bien planteada. Cualquier clasificación literaria relacionada con una cultura (sobre todo, si se trata de una cultura tan cambiante y convulsa como la de China en la actualidad) tiene que englobar todas las complejidades y contradicciones de dicha cultura. Responder algo así de manera concisa solo puede dar lugar a generalizaciones de poco valor o a estereotipos que reafirman prejuicios ya existentes.

Para empezar, no creo que la expresión «ciencia-ficción escrita en inglés» sea una categoría válida para comparar (las ficciones escritas en Singapur, Reino Unido o Estados Unidos son muy diferentes entre sí, y hay más divisiones entre ellas y dentro de dichas fronteras geográficas), por lo que se podría decir que ni siquiera tenemos un punto de referencia con el que comparar la llamada «ciencia-ficción china».

Además, imaginad qué pasaría si les pidierais a un centenar de autores y críticos de Estados Unidos que definieran la «ciencia-ficción estadounidense»: habría un centenar de respuestas diferentes. Lo mismo pasaría con los autores y críticos de ciencia-ficción china.

Dentro de la selección tan limitada que contiene esta antología, encontraréis la «ciencia-ficción realista» de Chen Qiufan, el «batiburrillo de ciencia-ficción» de Xia Jia, las metáforas políticas directas e irónicas de Ma Boyong, el simbolismo surrealista y la lógica metafórica de Tang Fei, la intensa y exquisita imaginaria lingüística de Cheng Jingbo, las fábulas y la especulación sociológica de Hao Jingfang, y la ciencia-ficción dura y grandilocuente de Liu Cixin. Esto debería daros una idea de lo variada que es la ciencia-ficción que se escribe en China. Ante una variedad así, creo que es mucho más útil e interesante estudiar a los autores de manera individual y tratar su obra de forma independiente antes que tratar de imponer unas expectativas preconcebidas porque ha dado la casualidad de que todos son chinos.

Esto no es más que un rodeo para decir que opino que cualquiera que afirme con seguridad que la «ciencia-ficción china» se puede encasillar es: a) un extranjero que no sabe de lo que habla o b) una persona que sí sabe pero que olvida de forma deliberada la naturaleza controvertida del término y expone su opinión como un hecho irrefutable.

Por ello, prefiero dejar claro que yo mismo no me considero un experto en ciencia-ficción china. Sé lo suficiente como para llegar a la conclusión de que no sé demasiado. Lo suficiente para darme cuenta de que tengo que estudiar más, mucho más. Y bastante para saber que no hay una respuesta sencilla².

China está viviendo una enorme transformación social, cultural y tecnológica que afecta a miles de millones de personas de diferentes etnias, culturas, clases sociales e ideologías. Por eso, nadie (y eso incluye a quienes están viviendo dicha transformación) puede considerarse en disposición de conocer el panorama general. Conocer China a través de las noticias sesgadas de los medios

occidentales o asegurar que se «entiende» el país por ser inmigrante o haber sido turista es lo mismo que vislumbrar una mancha borrosa a través de una pajita y afirmar que se trata de un leopardo. La ficción que se produce en China es un reflejo de la complejidad de dicho entorno.

La realidad política del país y su complicada relación con Occidente hace que a los lectores occidentales les parezca normal interpretar la ciencia-ficción china bajo el prisma de sus sueños, esperanzas y fantasías occidentales sobre la política china. La «subversión», desde un punto de vista occidental, puede no ser más que un matiz interpretativo. Por ejemplo, es tentador leer «La ciudad del silencio», de Ma Boyong, como un ataque directo al aparato censor de China, o «El Año de la Rata», de Chen Qiufan, únicamente como una crítica al sistema educativo y al mercado laboral del país. O incluso reducir «Cientos de fantasmas desfilan esta noche», de Xia Jia, a una metáfora velada de las políticas agresivas al servicio de un desarrollo controlado por el Estado.

Me gustaría que el lector de esta antología evitara caer en dicha tentación. Dar por hecho que las preocupaciones políticas de los autores chinos son las mismas que las que los lectores occidentales esperan de ellos es, como mínimo, arrogante y, lo que es peor, peligroso. El mensaje que los escritores chinos intentan comunicar es universal, se refiere no solo a China sino también a la humanidad en su conjunto, y creo que tratar de comprender su obra en estos términos producirá un acercamiento mucho más gratificante.

Es cierto que en China existe desde hace tiempo la tradición de usar la metáfora literaria como vehículo para expresar críticas y desacuerdos, pero ese no deja de ser uno de los motivos por los que los autores escriben y los lectores leen. Como el resto de escritores de cualquier parte del mundo, los autores contemporáneos chinos están interesados en el humanismo, la globalización, los avances tecnológicos, la tradición y la modernidad, las desigualdades en riqueza y privilegios, la mejora y conservación del medio ambiente, la historia, los derechos, la libertad y la justicia, el amor y la familia, lo hermoso de expresar sentimientos a través de las palabras, jugar con el lenguaje, la grandeza de la ciencia, la emoción de los descubrimientos o el significado de la vida misma. Flaco favor le hacemos a la obra si no nos centramos en estas cosas sino en la geopolítica.

A pesar de la diversidad de enfoques, temáticas y estilos, los autores y las obras reunidos en esta antología apenas representan una pequeña parte del panorama de la ciencia-ficción china contemporánea. He intentado hacer una selección lo más equilibrada posible para cubrir casi todos los puntos de vista, pero

soy consciente de mis limitaciones. La mayoría de los autores aquí presentes (a excepción de Liu Cixin) pertenecen a la nueva generación de «estrellas emergentes» en lugar de a la generación de figuras ya establecidas, que incluye al propio Liu Cixin, Han Song o Wang Jinkang. Casi todos son licenciados por las universidades más prestigiosas del país y desempeñan puestos de trabajo muy bien valorados. Además, me he centrado en autores e historias premiados, en detrimento de la ficción más popular que se publica en internet, y he dado prioridad a las obras que, en mi opinión, son más fáciles de traducir y requieren menos conocimientos de la historia y la cultura de China. Este sesgo y estas carencias son necesarios, pero no es la situación ideal, por lo que los lectores deberían ser precavidos al extraer conclusiones y no dar por hecho que estos relatos son «representativos». Deseo de corazón que cada una de las historias que aquí presentamos sirva a los lectores para añadir otro nivel más a su percepción e interpretación de una tradición literaria que difiere de aquellas a las que están acostumbrados.

Para completar la antología y aportar una visión más amplia de la ciencia-ficción china, he incluido al final del libro tres ensayos de autores y académicos chinos. El de Liu Cixin, «El peor de todos los universos posibles y la mejor de todas las Tierras posibles», aporta contexto histórico al género en China y contextualiza la importancia de su carrera como el principal autor de ciencia-ficción china. «La generación dividida», de Chen Qiufan, aporta la perspectiva de una generación más joven de autores que intenta adaptarse al revuelo de las transformaciones que están teniendo lugar. Por último, «¿Qué hace que la ciencia-ficción china sea china?», de Xia Jia, quien cuenta con el primer doctorado especializado en el estudio de ciencia-ficción china, es un buen punto de partida para un análisis académico sobre la materia.

El célebre traductor William Weaver comparó el oficio con el arte de la interpretación. Es una metáfora que me gusta. Cuando traduzco, realizo una interpretación lingüística y cultural, intento recrear un artefacto en un medio diferente. Es una experiencia aleccionadora y fascinante. Me siento muy privilegiado por haber tenido la oportunidad de trabajar con los autores de esta antología. Se podría decir que lo que comenzó como una colaboración profesional ha terminado por convertirse en amistad. He aprendido muchas cosas de ellos, no solo sobre traducción, sino también sobre cómo escribir ficción y sobre la vida desde otro punto de vista lingüístico y cultural. Les estoy muy agradecido por haberme confiado su trabajo. Espero que disfrutéis del resultado.

1 Todos los nombres chinos de esta antología están escritos con el apellido

delante, como dictan las costumbres del país.

2 De hecho, el mundo académico que estudia la ciencia-ficción china se encuentra en un momento muy interesante y cuenta con investigadores que realizan trabajos muy esclarecedores y atractivos, como Mingwei Song y Nathaniel Isaacson, entre otros. No obstante, tengo la impresión de que muchos (o la mayoría) de lectores, autores y críticos de género del mundillo de la ciencia-ficción no están familiarizados con este corpus teórico. Estos ensayos académicos evitan caer en las trampas que he mencionado, y realizan análisis precisos y minuciosos. Les recomiendo encarecidamente la lectura de dichos trabajos académicos a aquellos lectores que quieran una opinión informada.

HAO JINGFANG

Hao Jingfang es autora de varias novelas, un libro de ensayos sobre viajes y numerosos relatos. Algunos de estos, galardonados con premios de reconocido prestigio como el Galaxy (*Yinhe*) o el Nebula (*Xingyun*), han aparecido en publicaciones tan diversas como *Science Fiction World*, *Mengya*, *New Science Fiction* y *ZUI Found*. Tras cursar estudios de física en la Universidad de Tsinghua y licenciarse en el Centro de Astrofísica de la misma localidad, recientemente ha obtenido el doctorado en Economía y Administración de Empresas. En la actualidad forma parte de un comité de expertos encargado de desarrollar teorías innovadoras.

La obra de Hao no se circunscribe en exclusiva a la literatura «de género». Su última novela, por ejemplo, *Born in 1984*, podría calificarse de narrativa contemporánea. Sus relatos, rebosantes de imaginación y tan precisos como un mecanismo de relojería, están planificados con esmero hasta el último detalle. Los dos relatos seleccionados para esta antología («Planetas invisibles», una fábula que bebe de las pautas marcadas por Italo Calvino, y «Entre los pliegues de Pekín», una distopía con trasfondo económico ambientada en un futuro cercano) reflejan la heterogeneidad de los intereses y enfoques literarios que imprime la autora a sus textos. Ambas historias son susceptibles de interpretarse desde un amplio abanico de puntos de vista. «Entre los pliegues de Pekín» se incluyó en las ediciones de 2015 tanto de la antología *The Year's Best Science Fiction & Fantasy*, editada por Rich Horton, como en *The Best Science Fiction of the Year*, con selección de Neil Clarke.

Entre los pliegues de Pekín

1

A las cinco menos diez de la mañana, Lao Dao cruzó la bulliciosa avenida peatonal camino de su cita con Peng Li.

Al finalizar su turno en la planta de tratamiento de residuos, Lao Dao se había ido a casa para ducharse y cambiarse de ropa. Llevaba puesta una camisa blanca y pantalones marrones, el único atuendo decente que poseía. Puesto que la camisa tenía rozaduras en los puños, se la remangó hasta los codos. Lao Dao contaba cuarenta y ocho años de edad, estaba soltero y hacía mucho que había dejado atrás la edad en la que aún le preocupaba su aspecto. Puesto que no tenía a nadie que lo importunara con minucias domésticas, hacía años que conservaba este conjunto. Cada vez que se la ponía, volvía después a casa, se quitaba la camisa y los pantalones, doblaba todo pulcramente y volvía a guardarlo. Su trabajo en la planta de tratamiento de residuos le brindaba escasas ocasiones de arreglarse, salvo para asistir muy de vez en cuando a la boda del hijo o la hija de algún amigo.

Hoy, sin embargo, le producía desazón la idea de encontrarse con desconocidos sin ofrecer una apariencia respetable, cuando menos. Tras cinco horas en la planta, recelaba también del olor que se pudiera estar desprendiendo de él.

La carretera estaba atestada de gente que acababa de salir del trabajo. Hombres y mujeres por igual se agolpaban alrededor de todos los vendedores ambulantes, seleccionando comestibles de la región y regateando los precios a voz en cuello. Las mesas de plástico de los puestos de comida estaban abarrotadas de comensales que, inmersos en el aroma del aceite caliente, devoraban sus platos con avidez, con la nariz enterrada en los cuencos de fideos de arroz con salsa picante y la cabeza oculta entre blancas nubes de vapor. Otros tenderetes ofrecían montañas de azufafas y nueces, así como grandes pedazos de carne en salazón que colgaban sobre las cabezas de los vendedores. Era el momento más ajetreado de la jornada: el trabajo se daba por finalizado, todo el mundo tenía hambre y el estruendo era generalizado.

Lao Dao se embutió en medio de la aglomeración, que ralentizaba su avance. Un camarero cargado de platos avisó de su presencia a gritos y comenzó a

abrirse paso a codazos. Lao Dao se apresuró a seguirlo, pisándole los talones.

Peng Li vivía unas pocas manzanas avenida abajo. Lao Dao subió las escaleras hasta su puerta, pero Peng no estaba en casa. Una vecina le dijo que no solía volver antes de que cerrara el mercado, aunque no supo precisar la hora.

Nervioso, Lao Dao consultó su reloj: ya eran casi las cinco de la madrugada.

Regresó abajo para esperar junto a la entrada del edificio de apartamentos. A su alrededor, un grupo de adolescentes famélicos devoraban su comida, en cuclillas. Reconoció a dos de ellos porque recordaba habérselos encontrado un par de veces en casa de Peng Li. Cada uno de los chiquillos tenía una ración de *chow mein* o *chow fun*, y compartían los platos como haría una familia. Las bandejas eran un desastre, y los pares de palillos perseguían sin cesar los elusivos trocitos de carne que se escondían entre el pimienta picado. Lao Dao se olisqueó los antebrazos de nuevo, como si quisiera cerciorarse de que el hedor a basura no había reaparecido por sorpresa. El caótico bullicio cotidiano que lo rodeaba contribuyó a tranquilizarlo con su familiaridad.

—Oye —dijo Li, uno de los muchachos—, ¿sabéis lo que cobran ahí por una ración de cerdo cocinado dos veces?

—¡Joder! Acabo de morder arenilla —exclamó un chico corpulento, llamado Ding, mientras se tapaba la boca con una mano. Tenía las uñas sucísimas—. ¡Deberíamos exigirle al vendedor que nos devuelva el dinero!

—¡Trescientos cuarenta yuanes! —prosiguió Li, sin hacerle ni caso—. ¿Os lo podéis creer? ¡Trescientos cuarenta! ¡Por el cerdo cocinado dos veces! ¿Y por la ternera guisada? ¡Cuatrocientos veinte!

—¿Cómo pueden estar los precios tan por las nubes? —masculló Ding mientras se acariciaba la mejilla—. ¿Qué le echarán a la comida?

Los otros dos jóvenes, a los que no parecía interesarles la conversación lo más mínimo, se afanaban en trasladar la comida de las bandejas a sus bocas como si estuvieran cavando una zanja. Mientras Li los observaba, su mirada anhelante dio la impresión de traspasarlos y concentrarse en algún punto lejano tras ellos.

El estómago de Lao Dao profirió un rugido. Se apresuró a girar la cabeza, pero ya era demasiado tarde. Sus entrañas vacías se habían transformado en un abismo que amenazaba con descoyuntarle todo el cuerpo entre sacudidas. Hacía

un mes que no comía nada por la mañana. Antes acostumbraba a gastar alrededor de cien yuanes diarios en el desayuno, lo que se traducía en un despilfarro de tres mil al mes. Si conseguía atenerse a su plan durante un año entero, ahorraría el dinero suficiente para costear la matrícula de dos meses en el cole de Tangtang.

Dejó vagar la mirada por el horizonte, donde los camiones municipales de la limpieza se aproximaban ya con parsimonia.

Se armó de valor. Si Peng Li se retrasaba mucho más, Lao Dao tendría que embarcarse en su aventura sin consultarlo antes con él. Aunque eso aumentaría la dificultad y los peligros del viaje, el tiempo apremiaba y Lao Dao debía partir cuanto antes.

Los estridentes chillidos con los que la mujer que se había materializado junto a él enumeraba las virtudes de sus azufaifas interrumpieron los pensamientos de Lao Dao y le provocaron un dolor de cabeza instantáneo. Los vendedores ambulantes de la otra orilla de la carretera empezaron a recoger sus productos; como los peces de un estanque en el que alguien acabase de introducir un palo, la muchedumbre se dispersó. Nadie sentía el menor interés por enfrentarse a los equipos de limpieza de la ciudad. Los camiones proseguían pacientemente su avance mientras se desmontaban los puestos. No se admitía el tráfico rodado por las avenidas peatonales, por lo general, pero los camiones municipales constituían una excepción. Todos los rezagados acabarían empaquetados por las malas.

Peng Li apareció entonces, por fin, con la camisa abierta y un mondadientes colgando entre los labios, caminando con paso indolente entre eructos ocasionales. Ya sexagenario, Peng se había vuelto holgazán y desaliñado. Le colgaban las mejillas como los carrillos de un *shar pei*, lo que le confería una apariencia de enfurruñamiento perpetuo. Viéndolo ahora, cualquiera podría llevarse la impresión de que era un perdedor cuya máxima ambición en la vida pasaba por llenarse la barriga. Lao Dao, sin embargo, conservaba recuerdos incluso de la infancia en los que su padre ensalzaba las hazañas acometidas por Peng Li cuando era joven.

Lao Dao acudió al encuentro de Peng en la calle.

—No hay tiempo para explicaciones —farfulló de súbito, antes incluso de que Peng Li pudiese saludarle siquiera—, pero tengo que llegar al Primer Espacio. ¿Sabrías decirme cómo?

La expresión de Peng Li denotaba la estupefacción que sentía. Hacía por lo menos diez años que nadie sacaba el tema del Primer Espacio en su presencia. Entre sus dedos languidecía la mitad astillada del palillo; se le había partido entre los dientes sin que él se diera ni cuenta. Se quedó unos segundos sin decir nada, hasta que reparó en la angustia que atenazaba a Lao Dao y se lo llevó a rastras en dirección al edificio de apartamentos.

—Vente a mi casa y hablemos. Tienes que empezar allí, de todas formas, para llegar adonde quieres ir.

Los equipos de limpieza de la ciudad estaban ya prácticamente encima de ellos, y la multitud se esparcía como hojas al viento.

—¡Que todo el mundo se retire a sus hogares! ¡A sus hogares! El Cambio está a punto de comenzar —anunció una voz desde lo alto de uno de los camiones.

Peng Li condujo a Lao Dao escaleras arriba, hasta su apartamento. La decoración de su sencilla unidad de residencia monopersonal era espartana: seis metros cuadrados de superficie equipados con un aseo, un rincón para cocinar, una mesa con su silla y una cama nido con cajones en la parte inferior para guardar la ropa y utensilios diversos. Las paredes, cubiertas de manchas de humedad y pisadas, estaban desnudas, a excepción hecha de un puñado de ganchos distribuidos al azar en los que colgar chaquetas, pantalones y trapos. Una vez dentro, Peng quitó toda la ropa y las toallas de sus perchas y las guardó en uno de los cajones. Durante el Cambio no debía haber nada sin asegurar.

Lao Dao había vivido en una unidad monopersonal idéntica a esta. Nada más poner el pie dentro aspiró el olor a pasta que flotaba en el aire.

Peng Li le lanzó una mirada asesina.

—No pienso mostrarte el camino a menos que me expliques por qué.

Ya eran las cinco y media. A Lao Dao solo le quedaban otros treinta minutos.

Le resumió los elementos fundamentales de la historia a Peng Li: la botella con un mensaje dentro que se había encontrado; el conducto para la basura en el que se había escondido; la misión en el Segundo Espacio que le había sido asignada; la decisión de pedir ayuda que había tomado, razón por la cual estaba ahora aquí. Disponía de muy poco tiempo, subrayó; debía partir de inmediato.

—¿Te ocultaste en los conductos de la basura anoche para colarte en el Segundo Espacio? —Peng Li frunció el ceño—. ¡Eso significa que tuviste que esperar veinticuatro horas!

—¿A cambio de doscientos mil yuanes? —dijo Lao Dao—. Habría merecido la pena aunque hubiera tenido que pasarme una semana entera escondido.

—No sabía que anduvieras tan escaso de dinero.

Lao Dao guardó silencio un momento.

—Tangtang tendrá edad para empezar en el jardín de infancia dentro de un año. Se me ha agotado el tiempo.

Se había quedado de piedra al empezar a documentarse sobre los precios del cole. Si querían acceder a un centro con algo de reputación, los padres debían acudir con sacos de dormir para hacer cola durante un par de días antes de poder acercarse siquiera a la ventanilla de inscripción. Ambos progenitores tenían que turnarse para que, mientras uno guardaba su lugar en la fila, el otro pudiera ir al baño o a conseguir un bocado para comer. Nada les garantizaba una plaza, ni siquiera después de hacer cola durante más de cuarenta horas. Quienes tenían suficiente dinero habían adquirido ya casi todos los huecos para su prole, por lo que los padres menos privilegiados debían soportar aquella espera interminable con la esperanza de obtener alguna de las poquísimas plazas libres. Y estamos hablando de centros medianamente decentes. ¿Los realmente buenos? Olvídate de hacer cola; todas las plazas estaban ya reservadas para los que tenían dinero.

Lao Dao no quería pecar de poco realista, pero a Tangtang le encantaba la música desde que contaba tan solo dieciocho meses de edad. Cada vez que oía alguna canción por la calle se le iluminaba la cara, contorsionaba el cuerpecito y agitaba los brazos como si estuviera bailando. En esos momentos su aspecto era más tierno que nunca. Lao Dao se quedaba deslumbrado, como si la pequeña estuviera bañada por los focos de un escenario. Costara lo que costase, se había jurado llevar a Tangtang a un jardín de infancia en el que se ofrecieran clases de música y baile.

Peng Li se quitó la camisa y se aseó mientras hablaba con Lao Dao. El «aseo» en cuestión consistió en salpicarse la cara con unas cuantas gotas de agua, puesto que esta ya la habían cortado y del grifo únicamente salía un fino reguero. Peng Li cogió una toalla mugrienta de la pared y se secó desmañadamente antes de

guardarla a su vez en uno de los cajones. Su cabello mojado ofrecía un lustre oleaginoso.

—¿A qué viene todo ese esfuerzo? —preguntó—. Ni que fuera tu hija de verdad.

—No tengo tiempo que perder —repuso Lao Dao—. Indícame cuál es el camino.

Peng Li suspiró.

—Eres consciente de que, si te capturan, no será cuestión de pagar una multa y a correr, ¿verdad? Te encerrarían durante meses.

—Pensaba que tú habías ido ya varias veces.

—Cuatro. A la quinta me pillaron.

—Más que de sobra. Si lo consiguiera hasta en cuatro ocasiones, que me detuvieran al final carecería de toda importancia.

La misión de Lao Dao consistía en entregar un mensaje en el Primer Espacio: el éxito le reportaría cien mil yuanes; si además conseguía regresar con una respuesta, doscientos mil. Ciertamente, era ilegal, pero no saldría herido nadie y, mientras se atuviera a la ruta y al método indicados, las probabilidades de que lo apresaran tampoco eran excesivamente grandes. Y el dinero... el dinero era real, contante y sonante. No se le ocurría ningún motivo para rechazar la oferta. Le constaba que, cuando Peng Li tenía unos cuantos años menos, se había colado en el Primer Espacio más de una vez para amasar una pequeña fortuna como contrabandista. Era factible.

Las seis menos cuarto. Lao Dao se tenía que ir. Ya.

Peng Li exhaló otro suspiro. Se daba cuenta de que intentar disuadir a Lao Dao no serviría de nada. Tenía edad más que de sobra para sentirse cansado y harto de todo, pero recordaba lo que era ser joven; en otros tiempos habría tomado la misma decisión que Lao Dao. Tiempos en los que le habría importado un comino ir a prisión. ¿Cuál era el problema? Perdías unos cuantos meses de libertad y te llevabas alguna que otra paliza, pero la recompensa hacía que valiese la pena. Mientras te negaras a divulgar de dónde había salido el dinero, daba igual los castigos a los que te sometieran; sobrevivirías. La citación de la Oficina de

Seguridad no era más que una amonestación de rutina.

Peng Li condujo a Lao Dao hasta la ventana de la parte de atrás y apuntó con el dedo a la angosta callejuela que discurría entre las sombras, a sus pies.

—Empieza descolgándote por la tubería del desagüe que hay aquí, en mi unidad. Bajo el revestimiento de fieltro encontrarás los asideros ocultos que instalé en su momento; si te pegas a la pared, las cámaras no podrán verte. Una vez en el suelo, atente a las sombras y sigue todo recto hasta que llegues al borde. Sentirás la presencia del acantilado antes de verlo. Sigue el filo hacia el norte. Hacia el norte, acuérdate bien.

Peng Li pasó a explicarle a Lao Dao cuál era la técnica necesaria para entrar en el Primer Espacio mientras el suelo giraba durante el Cambio. Debía esperar hasta que el piso comenzara a ascender y partirse. Luego, desde la cornisa elevada, tenía que encaramarse al otro lado y gatear unos cincuenta metros sobre la sección transversal hasta alcanzar la margen opuesta del piso en torsión, escalar y dirigirse hacia el este. Allí encontraría un arbusto al que podría agarrarse mientras el suelo descendía y se sellaba. Después podría ocultarse entre la maleza.

Lao Dao había recorrido ya la mitad de la distancia que lo separaba de la ventana, dispuesto a iniciar el descenso, antes incluso de que a Peng le hubiera dado tiempo a terminar con sus explicaciones.

Peng Li lo sujetó y se cercioró de que hubiera afianzado el pie en el primer asidero.

—Voy a decirte algo —dijo entonces, reteniéndolo— que quizá no te guste escuchar. Creo que no deberías hacerlo. Ese sitio... tampoco es tan maravilloso como lo pintan. Si lo encuentras, acabarás sintiéndote como si tu vida fuese una mierda, insignificante.

Lao Dao estaba extendiendo ya el otro pie, tanteando en busca del siguiente asidero. Tenía el cuerpo en tensión, apoyado en el antepecho de la ventana. Cuando habló, sus palabras sonaron entrecortadas.

—Da igual. No me hace falta ir a ninguna parte para saber que mi vida ya es una mierda.

—En tal caso —dijo Peng Li—, ándate con cuidado.

Lao Dao siguió las instrucciones de Peng Li y, tan deprisa como se atrevía, descendió a tientas; los asideros parecían seguros bajo sus pies. Al levantar la cabeza vio que Peng Li se había encendido un cigarrillo junto a la ventana; tras pegarle unas cuantas caladas, lo apagó, se asomó y dio la impresión de disponerse a decir algo más, pero al final se retiró al interior de su unidad en silencio y cerró la ventana, que refulgía con una luz tenue.

Lao Dao se imaginó a Peng Li metiéndose en la cama nido en el último momento, justo antes del Cambio. Al igual que en los millones de hogares que había repartidos por toda la ciudad, la cama liberaría un gas somnífero que lo dejaría sumido en un sueño profundo. No sentiría nada mientras el mundo cambiante transportaba su cuerpo, ni volvería a abrir los ojos hasta el día siguiente por la noche, cuarenta horas más tarde. Peng Li ya no era joven; nada lo distinguía ya de los otros cincuenta millones que vivían en el Tercer Espacio.

Lao Dao apretó el paso, tocando apenas los asideros en su precipitación por bajar. Cuando consideró que ya estaba lo bastante cerca del suelo, se soltó y aterrizó a cuatro patas. La unidad de Peng Li, por suerte, solo estaba en el cuarto piso y la altura no era excesiva. Se incorporó y atravesó corriendo la sombra que proyectaba el edificio próximo al lago. Distinguió la grieta que había en la hierba, donde se abriría el suelo.

Antes de llegar, sin embargo, oyó una reverberación amortiguada a su espalda, interrumpida por unos cuantos repiqueteos metálicos, estridentes. Lao Dao se giró y vio cómo el edificio de Peng Li se partía en dos. La mitad superior se dobló hacia abajo, abatiéndose en su dirección, lenta pero inexorablemente.

Fascinado, Lao Dao se quedó mirando el espectáculo durante unos momentos, sin parpadear, antes de reponerse de la sorpresa. Corrió hasta la fisura que había en el suelo y se dejó caer de bruces junto a ella.

Había empezado el Cambio, un proceso que se repetía cada veinticuatro horas. El mundo entero comenzó a girar. El clamor del acero y la piedra plegándose, rechinando y colisionando lo inundó todo, como el estruendo que podría producir una cadena de montaje al detenerse de golpe. Los inmensos edificios de la ciudad se acoplaron y fundieron en sólidos bloques; los rótulos de neón, las marquesinas de los comercios, los balcones y otras protuberancias arquitectónicas se replegaron en el interior de las construcciones o se aplastaron contra las paredes formando una capa tan fina como la piel. Hasta el último palmo de superficie se vio afectado mientras los edificios se compactaban para ocupar el

menor espacio posible.

El suelo comenzó a levantarse. Lao Dao permaneció alerta, expectante, hasta que la fisura se hubo ensanchado lo suficiente. Gateó por el borde ribeteado de mármol en dirección al muro de tierra, aferrándose a los trozos de metal que sobresalían del firme. Mientras la hendidura continuaba ampliándose y las paredes se elevaban, se descolgó utilizando las manos además de los pies. Su trayectoria era descendente, al principio, inestable la tracción del piso contra las suelas de sus zapatos. Toda la sección sobre la que se encontraba rotó de improviso, no obstante, impulsándolo por los aires y volviendo el mundo del revés.

Lao Dao estaba pensando en la noche anterior.

Precavido, había asomado la cabeza fuera del montón de basura, atento al menor sonido procedente del otro lado de la puerta. El hedor a basura putrefacta, en proceso de fermentación, que lo envolvía era insoportable: viscoso y pungente, con un tufillo dulzón subyacente. Se apoyó en la reja de hierro. En el exterior, el mundo comenzaba a desperezarse.

En cuanto el primer indicio de fulgor macilento procedente de las farolas se hubo insinuado bajo la puerta, que empezaba ahora a elevarse, Lao Dao se puso en cuclillas para trasponer el umbral gateando. Las calles estaban desiertas; las instalaciones que sobresalían de los costados de los edificios se desplegaban y extendían segmento a segmento; los porches emergían de las paredes; los aleros rotaban hasta encajar gradualmente en su sitio; las escaleras se estiraban y descendían a la calle. A ambos lados de la carretera, un cubo negro tras otro eclosionaba y se abría, de forma que revelaba las baldas y las estanterías de su interior. En lo alto de ellos aparecían carteles que se conectaban entre sí mientras unas grandes marquesinas de plástico se expandían en los márgenes de la avenida hasta confluír en el centro, formando un pasillo de establecimientos comerciales. No había nadie a la vista, sin embargo, como si Lao Dao estuviera soñando.

Las luces de neón se encendieron con un parpadeo. Los diminutos leds instalados en lo alto de las tiendas se combinaron en forma de caracteres que anunciaban azufaifas de Xinjiang, fideos *lapi* del noreste de China, masa con fibra de Shanghái y carnes en salazón de Hunan.

Durante el resto del día, Lao Dao no podría olvidar esa escena. Llevaba cuarenta y ocho años viviendo en esta ciudad, pero jamás había visto nada parecido. Su jornada comenzaba siempre en la cama nido y en la cama nido

terminaba, y el tiempo entremedias lo pasaba trabajando o sorteando las mesas cochambrosas de los puestos de comida callejera y las multitudes que se agolpaban alrededor de los vendedores ambulantes, regateando a voz en grito. Esta era la primera vez que veía el mundo desnudo.

Todas las mañanas, quien se encontrase a cierta distancia de la ciudad (un camionero, pongamos por caso, que estuviera esperando en la autopista de acceso a Pekín) podría observar cómo la ciudad entera se plegaba y volvía a desplegarse.

A las seis de la mañana, los camioneros desmontaban de sus vehículos y se acercaban a la orilla de la carretera, donde se restregaban los ojos, adormilados todavía tras una noche incómoda al volante. Bostezando, intercambiaban saludos y dejaban vagar la mirada por el lejano centro de la ciudad. El área de descanso de la autopista se encontraba en la Carretera del Séptimo Anillo, mientras que la rotación del suelo ocurría en la Carretera del Sexto Anillo. La distancia era idónea para admirar toda la ciudad, como quien contempla con anhelo un islote que descuella en el mar.

A primera hora del alba, la ciudad se plegaba y se encogía. Los rascacielos se inclinaban, sumisos, como humildes criados cuya reverencia los llevara a tocarse los pies con la cabeza; a continuación se escindían, seguían plegándose y recogían sus extremidades, insertándolas en los resquicios diseñados para ello. Los bloques compactos que antes eran altos edificios se mezclaban y combinaban en forma de cubos de Rubik, densos y gigantescos, que se sumían en un sueño profundo.

Era entonces cuando empezaba a girar el suelo. Escaque a escaque, las porciones de tierra describían un giro de ciento ochenta grados alrededor de su eje y revelaban los edificios del otro lado: edificios que se desplegaban y se erguían, despertando como un rebaño de grandes bestias bajo el cielo gris azulado. La isla que era la ciudad se asentaba, bañada por la luz anaranjada del amanecer, y se desperezaba antes de volver a quedarse inmóvil, envuelta en cenicientos jirones nubosos.

Los camioneros, cansados y hambrientos, contemplaban fascinados aquel interminable ciclo de renovación urbanística.

La ciudad plegable se dividía en tres espacios. Un lado de la tierra era el Primer Espacio, con una población de cinco millones. El tiempo que tenía asignado era desde las seis de la mañana hasta las seis de la mañana del día siguiente. Entonces ese espacio se iba a dormir, y la tierra giraba.

El Segundo Espacio y el Tercero compartían el otro lado. En el Segundo Espacio vivían veinticinco millones de personas, y su tiempo asignado duraba desde las seis de la mañana de ese segundo día hasta las diez de la noche. En el Tercer Espacio vivían cincuenta millones de personas, con un tiempo asignado que comprendía desde las diez de la noche hasta las seis de la mañana del día siguiente, momento en el que regresaba el Primer Espacio. El tiempo estaba meticulosamente dividido y acotado para que las distintas poblaciones se mantuvieran separadas: cinco millones de personas disfrutaban de veinticuatro horas, y otros setenta y cinco millones hacían lo propio con las veinticuatro siguientes.

El peso de cada estructura a ambos lados del suelo no estaba repartido de forma equitativa. A fin de subsanar el desequilibrio, la tierra era más gruesa en el Primer Espacio, con lastre extra enterrado en el suelo para compensar la gente y los edificios que faltaban. Para los residentes del Primer Espacio, la existencia de esa cantidad extra de suelo era un emblema natural que simbolizaba su posesión de una herencia más rica y profunda.

Lao Dao había vivido en el Tercer Espacio desde que nació. Comprendía muy bien cuál era la realidad de su situación, sin necesidad de que Peng Li se la señalara. Era un manipulador de residuos; llevaba veintiocho años procesando basura y no preveía dejar de hacerlo ni a corto ni a largo plazo. No había encontrado ni el significado de su existencia ni el refugio último del cinismo; en vez de eso, continuaba aferrándose a la humilde posición que se le había asignado en la vida.

Lao Dao había nacido en Pekín. Su padre, que también era manipulador de residuos, le había contado que acababa de obtener ese puesto cuando nació él, así que la familia al completo lo había celebrado durante tres días enteros. Antes su padre había sido trabajador de la construcción, uno más de los millones de obreros que, procedentes de todos los rincones de China, habían acudido a Pekín en busca

de empleo. Su padre y otros como él habían construido esta ciudad plegable. Distrito a distrito, habían transformado la antigua ciudad. Como termitas que invadieran una casa de madera, habían roído los restos del pasado, removido la tierra y regurgitado un nuevo mundo. Armados con martillos y azuelas, habían agachado la cabeza y, ladrillo a ladrillo, se habían dedicado a erigir a su alrededor una muralla hasta perder de vista el cielo. Cegados por el polvo que ellos mismos levantaban, ni siquiera habían podido apreciar la majestuosidad de su obra. Por último, cuando la construcción terminada se alzó ante ellos como un ente vivo, se desperdigaron en desbandada, aterrados, como si acabasen de engendrar una monstruosidad.

Cuando los ánimos se hubieron calmado, sin embargo, los obreros comprendieron hasta qué punto supondría un honor vivir en semejante ciudad del futuro, por lo que habían seguido trabajando con diligencia y docilidad, aspirando mansamente a que les concedieran la oportunidad de quedarse en la urbe. Contaban que, una vez completada la ciudad plegable, habían solicitado un permiso de residencia más de ochenta millones de empleados de la construcción. Se lo concedieron a uno de cada cuatro de ellos.

Conseguir un puesto en la planta de tratamiento de residuos no había sido tarea sencilla. Aunque la actividad se limitaba a la separación de basura, eran tantos los aspirantes esperanzados que hubo que imponer unos criterios de selección muy estrictos: el candidato idóneo debía ser fuerte, hábil, perspicaz, organizado, diligente y capaz de soportar los malos olores y los entornos laborales adversos. Testarudo, el padre de Lao Dao se había agarrado con todas sus fuerzas al clavo ardiendo de la oportunidad mientras aquella inmensa marea humana crecía y se retiraba a su alrededor, hasta encontrarse con que era el único superviviente varado en una playa inhóspita tras escapar de un naufragio.

Después de aquello, su padre había mantenido la cabeza agachada y, durante veinte años más, había seguido trabajando inmerso en el acre hedor de las inmundicias y el hacinamiento. Había construido esta ciudad; también era uno de sus residentes y basurero de profesión.

La ciudad plegable se había dado por finalizada dos años antes de que naciera Lao Dao. Nunca había vivido en otra parte, ni había abrigado siquiera el deseo de visitar otros lugares. Terminó la enseñanza primaria, la secundaria y el instituto, y se había presentado hasta en tres ocasiones a los exámenes de acceso a la universidad que se celebraban con carácter anual, pero suspendió todas las veces. Al final, también él había empezado a trabajar de basurero. Trabajaba en

turnos de cinco horas en la planta de tratamiento de residuos, de once de la noche a cuatro de la madrugada. Junto a decenas de miles de compañeros, su cometido consistía en cribar mecánicamente los desperdicios lo más deprisa posible, seleccionando los restos reciclables de las migajas de vida del Primer y el Segundo Espacio para arrojarlos al horno de tratamiento. Todos los días se enfrentaba a la cinta transportadora cargada de basura, que desfilaba ante sus ojos como un río, y raspaba las sobras de comida de los envases de plástico, recogía los trozos de vidrio de las botellas rotas, arrancaba el dorso impermeable de las compresas manchadas de sangre y lo metía todo en los contenedores de reciclaje, marcados con líneas de color verde. Esta era su misión: ganarse el sueldo ejecutando siempre la misma tarea, ardua y repetitiva, sin entretenerse; deslomarse hora tras hora a cambio de una recompensa tan evanescente como las alas de una cigarra.

En el Tercer Espacio vivían veinte millones de basureros; eran los amos de la noche. Los otros treinta millones se ganaban la vida vendiendo ropa, alimentos, combustible o seguros, pero casi todo el mundo entendía que los empleados de la planta de tratamiento de residuos constituían la columna vertebral de la prosperidad del Tercer Espacio. Cuando paseaba por las calles bañadas de neón, Lao Dao tenía la impresión de estar caminando bajo arcoíris hechos de restos de comida. No podía hablar con nadie de lo que sentía. Las nuevas generaciones veían con desdén el oficio de basurero. Volcaban todas sus energías en destacar en las pistas de los clubes nocturnos, con la esperanza de que alguien los contratara como bailarines o pinchadiscos. Incluso trabajar en una tienda de ropa les parecía una alternativa mejor: al menos sus dedos tocarían telas delicadas en vez de tener que hurgar entre la inmundicia en busca de pedazos de plástico o metal. A los jóvenes ya no les atemorizaba la incertidumbre de no saber cómo iban a sobrevivir; las apariencias les preocupaban muchísimo más.

Lao Dao no despreciaba su trabajo. Cuando llegó al Segundo Espacio, sin embargo, la posibilidad de que lo despreciaran a él le aterraba.

La mañana anterior, Lao Dao había salido del conducto para la basura a rastras, con una hoja de papel, dispuesto a encontrar al autor de la nota en la dirección que constaba en ella.

El Segundo Espacio no estaba lejos del Tercero. Compartían la misma cara del suelo, aunque estaban divididos en el tiempo. Al producirse el Cambio, los edificios de un espacio se plegaban y retraían en el suelo mientras los del otro se extendían en el aire, segmento a segmento, utilizando las azoteas de los edificios del otro espacio como cimientos. La única diferencia entre ambos espacios era la

densidad de los edificios. Lao Dao tuvo que esperar un día entero, con su noche, dentro del conducto para la basura antes de que se le presentase la oportunidad de emerger mientras el Segundo Espacio se desplegaba. Aunque esta era la primera vez que visitaba este espacio, no se sentía nervioso. Lo único que le preocupaba era que el olor a podredumbre lo delatara.

Qin Tian, por suerte, era un alma generosa. Quizá estuviese preparado para la clase de persona que podría responder a su mensaje desde el momento en que decidió introducirlo en aquella botella.

Supo a primera vista cuál era el motivo de que Lao Dao se hubiera personado ante él. Lo condujo al interior de su hogar, le ofreció un baño caliente y le dio uno de sus propios albornoces para que se lo pusiera.

—Tengo que contar contigo —le dijo.

Qin era un estudiante que vivía en un apartamento propiedad de la universidad. Tenía tres compañeros de piso; además de los cuatro dormitorios, en el apartamento había una cocina y dos cuartos de baño. A Lao Dao, que no se había bañado nunca en un cuarto tan espacioso, nada le habría gustado más que quedarse un buen rato a remojo y librarse del persistente mal olor que desprendía su cuerpo, pero temía ensuciar la bañera y no se atrevía a frotarse la piel demasiado vigorosamente con la esponja. Las ráfagas de burbujas que brotaban de las paredes de la bañera le dieron un susto, y secarse con el sistema de chorros de aire caliente hizo que se sintiera incómodo.

Cuando se hubo aseado, cogió el albornoz de Qin Tian y titubeó durante un momento antes de ponérselo. Después lavó su ropa y unas cuantas camisas que encontró tiradas de cualquier manera en un cesto. Los negocios eran los negocios, y no quería deberle ningún favor a nadie.

Qin Tian quería enviarle un regalo a una chica que le gustaba. Se habían conocido en el trabajo, cuando a Qin Tian le ofrecieron la oportunidad de ir al Primer Espacio para hacer unas prácticas en la Oficina de Economía de las Naciones Unidas, donde ella también estaba empleada. El periodo de prácticas era tan solo de un mes. Qin le contó a Lao Dao que la muchacha había nacido en el Primer Espacio y se había educado en el seno de una familia muy rigurosa. Su padre se negaba en redondo a permitir que saliera con un chico del Segundo Espacio, razón por la cual no podía ponerse en contacto con ella por medios convencionales. Qin miraba al futuro con optimismo, no obstante; solicitaría el

ingreso en el Programa para Jóvenes de la ONU cuando se graduara, y si lo elegían, podría irse a trabajar al Primer Espacio. Aún le quedaba otro año de estudios antes de obtener el título, pero bebía los vientos por ella. Le había hecho un medallón con forma de rosa que brillaba en la oscuridad; era el regalo con que pensaba pedirle que se casara con él.

—Estaba en un simposio, ya sabes, sobre el endeudamiento de la ONU. Habrás oído hablar de él... Da igual, el caso es que la vi y fue como ¡Ah! Me acerqué de inmediato para hablar con ella. Estaba haciendo de acomodadora para los vips, indicándoles cuáles eran sus asientos; como no sabía qué decirle, me limité a seguirla por ahí. Al final me inventé que necesitaba un intérprete y le pregunté si podría ayudarme. Fue tan amable conmigo, y tenía una voz tan aterciopelada... Nunca le había pedido salir a una chica, entiéndeme, estaba supernervioso. Luego, cuando empezamos a salir, le recordé cómo nos habíamos conocido... ¿De qué te ríes? Empezamos a salir, sí... No, creo que nuestra relación todavía no ha llegado a esa fase, pero... en fin, nos besamos. —Qin Tian se rio a su vez, azorado—. ¡Es verdad! ¿No me crees? Ya, a veces tampoco yo termino de creérmelo del todo. ¿Crees que le gusto realmente?

—No tengo ni idea —respondió Lao Dao—. No la conozco.

Uno de los compañeros de piso de Qin Tian se acercó a ellos con una sonrisa y dijo:

—Abuelo, ¿por qué te tomas su pregunta al pie de la letra? Es retórica. Solo quiere oírte decir: «¡Pues claro que le gustas! Con lo apuesto que eres».

—Seguro que es muy guapa.

—No me asusta que te rías de mí. —Qin Tian empezó a deambular de un lado para otro por delante de Lao Dao—. Cuando la veas, comprenderás el significado de «elegancia sin par».

El muchacho se detuvo, absorto en sus pensamientos. Estaba acordándose de los labios de Yi Yan. Su boca quizá fuese lo que más le gustaba de ella: suave y diminuta, pero con un labio inferior, carnoso y sonrosado, que relucía con un tinte saludable y natural y hacía que le dieran ganas de pegarle mordisquitos de amor. También su cuello lo enardecía. A veces daba la impresión de ser tan delgado que se le marcaban los tendones, pero sus contornos eran rectos y atractivos. Su piel, pálida y tersa, desaparecía bajo el cuello de su blusa y le dejaba la mirada prendida

del segundo botón. La primera vez que intentó darle un beso, Yi Yan apartó el rostro, cohibida. Qin Tian había persistido hasta que la muchacha cedió, cerrando los ojos y correspondiendo a su gesto. Sus labios eran muy cálidos, y las manos del joven se habían dedicado a acariciar la curva de su cintura y su espalda una y otra vez, sin descanso. A partir de aquel momento, vivía en el país del deseo. Yi Yan se había convertido en la dueña de todos sus sueños, así como en la luz que lo deslumbraba cuando terminaba recurriendo a su propia mano para consolarse.

El compañero de piso de Qin Tian, que respondía al nombre de Zhang Xian, se mostraba encantado de tener esta oportunidad para conversar con Lao Dao.

Tras preguntarle cómo era la vida en el Tercer Espacio, mencionó que a él, de hecho, le apetecía pasar allí una temporada. Le habían aconsejado que adquirir experiencia como directivo en el Tercer Espacio le resultaría muy útil más adelante si quería subir peldaños en la escalera de la administración gubernamental. Varios altos cargos habían comenzado su carrera como administradores en el Tercer Espacio antes de que los ascendieran al Primero. Si se hubieran quedado en el Segundo Espacio, no habrían llegado a ninguna parte y se habrían pasado el resto de su trayectoria profesional encajonados en puestos de categoría inferior. Zhang Xian soñaba con entrar en el gobierno tarde o temprano y estaba seguro de conocer el camino apropiado. En cualquier caso, antes quería pasarse un par de años trabajando en un banco, a fin de ganar algo de dinero rápido. Ante la tibia reacción de Lao Dao al escuchar cuáles eran sus planes, Zhang Xian interpretó que desaprobaba sus ambiciosas aspiraciones.

—El gobierno actual es demasiado ineficiente y está demasiado osificado — se apresuró a añadir el muchacho—, tarda demasiado en responder a los retos, y no confío en que vayamos a asistir a ninguna reforma sistemática a corto plazo. En cuanto tenga ocasión, presionaré para que se aprueben reformas fulminantes: todos los incompetentes serán despedidos. —Puesto que Lao Dao no daba muestras de sentirse impresionado, continuó—: Trabajaré también para ampliar el número de candidatos a empleados del gobierno, fomentaré las oportunidades de promoción e incluiré listas abiertas a los aspirantes procedentes del Tercer Espacio.

Lao Dao se abstuvo de decir nada. No porque rechazara los planteamientos de Zhang Xian, sino porque le costaba creer sus palabras.

Mientras hablaba con Lao Dao, Zhang Xian aprovechó para anudarse la corbata y atusarse el pelo delante del espejo. Llevaba puesta una camisa de rayas azul claro; también la corbata era de un brillante color azul. Sin dejar de silbar en

todo momento, cerró los ojos y arrugó el entrecejo mientras una nube de laca se disolvía alrededor de su cara.

Zhang Xian agarró su maletín y se fue al banco en el que estaba trabajando de prácticas. Qin Tian anunció que tenía que irse a clase, donde se quedaría hasta las cuatro de la tarde. Antes de salir transfirió por red cincuenta mil yuanes a la cuenta de Lao Dao, mientras este lo observaba, y explicó que le enviaría el resto cuando la misión se hubiera completado con éxito.

—¿Has tardado mucho en ahorrar esta suma? —preguntó Lao Dao—. Eres estudiante, así que no te debe de sobrar el dinero. Puedo aceptar menos si es necesario.

—No te preocupes. Estoy haciendo unas prácticas remuneradas en una asesoría financiera. Me pagan alrededor de cien mil todos los meses, así que el total que te he prometido asciende a unos dos meses de sueldo. Me lo puedo permitir.

Lao Dao, que ganaba el salario estándar de diez mil mensuales, no dijo nada.

—Tráeme una respuesta, por favor —le rogó Qin Tian.

—Haré cuanto esté en mi mano.

—Coge lo que quieras de la nevera si tienes hambre. Solo tienes que quedarte aquí y esperar a que se produzca el Cambio.

Lao Dao miró por la ventana. No lograba acostumbrarse a la luz del sol, de un blanco radiante, en vez del tono amarillo al que estaba habituado. Bañada por aquella claridad, la calle parecía el doble de ancha de lo que Lao Dao recordaba del Tercer Espacio; no estaba seguro de que se tratase de una ilusión óptica. Aquí los edificios distaban de ser tan altos como los del Tercer Espacio. Las aceras estaban abarrotadas de gente que caminaba con mucha prisa; de vez en cuando alguien apretaba el paso e intentaba abrirse camino a empujones entre la multitud, lo que obligaba a las personas que tenía delante a acelerar a su vez. Todo el mundo parecía cruzar las intersecciones a la carrera. Los hombres se vestían con trajes occidentales, en su mayoría, mientras que las mujeres lucían blusas, faldas cortas, pañuelos en el cuello y rígidos bolsos compactos que llevaban en la mano, todo lo cual les confería un aire de aptitud y eficiencia. La calle era un hervidero de coches; mientras esperaban en las intersecciones a que cambiara el semáforo, los conductores asomaban la cabeza por la ventanilla, oteando la carretera frente a

ellos con impaciencia. Lao Dao no había visto tantos vehículos juntos en su vida; estaba acostumbrado al paso vertiginoso del tren de levitación magnética, siempre lleno hasta la bandera de pasajeros.

En torno al mediodía oyó ruidos en el pasillo, fuera del apartamento. Echó un vistazo por la mirilla que había en la puerta. El suelo del corredor se había transformado en una cinta transportadora; las bolsas de basura depositadas ante la puerta de cada uno de los apartamentos, una vez empujadas encima de ella, viajaban hasta el conducto abierto en uno de sus extremos. Los aspersores inundaron el pasillo con una fina llovizna que, tras convertirse en pompas de jabón que flotaban en el aire, caían al suelo para lavarlo antes de que unos chorros de vapor enjugaran los restos.

Lao Dao se sobresaltó al oír un nuevo sonido, esta vez a su espalda. Al girarse vio que otro de los compañeros de piso de Qin Tian acababa de salir de su dormitorio. El muchacho, impasible, hizo como si Lao Dao no existiera. Se acercó a la máquina que había junto al balcón, oprimió unos cuantos botones y el artilugio cobró vida con una serie de chasquidos, rechinamientos y chirridos. Coincidiendo con el cese de aquel estruendo, llegó hasta la nariz de Lao Dao un olor delicioso. El joven recogió la bandeja con comida caliente que había salido de la máquina y volvió a su cuarto. A través del resquicio de la puerta entreabierta, Lao Dao lo vio sentarse en el suelo, sobre una pila de mantas y calcetines sucios, con la mirada fija en la pared mientras comía y se reía, subiéndose de vez en cuando las gafas sobre el puente de la nariz. Cuando hubo acabado, dejó la bandeja a sus pies, se incorporó y, siempre de cara a la pared, empezó a pelear con un contrincante invisible. Lo vigoroso de su imaginario forcejeo no tardó en dejarlo con la respiración entrecortada, sin resuello.

El último recuerdo que se llevó Lao Dao del Segundo Espacio fue el aire tan refinado con el que se conducía todo el mundo antes del Cambio. Desde su atalaya junto a la ventana del apartamento, todo parecía tan ordenado que le sobrevino un alfilerazo de envidia. Al dar las nueve y cuarto, los comercios que ribeteaban la calle apagaron sus luces en rápida sucesión, uno tras otro; los grupos de amigos, rubicundas sus mejillas por el alcohol que habían compartido, se despedían frente a las puertas de los restaurantes. Las parejas de jóvenes se besaban junto a los taxis que esperaban para llevarlos a sus hogares. En un abrir y cerrar de ojos, todos se fueron a casa y el mundo se quedó dormido.

Eran las diez en punto de la noche. Dispuesto a poner manos a la obra, Lao Dao regresó a su mundo.

No había ningún conducto para la basura que conectase directamente el Primer Espacio con el Tercero. Los desperdicios que se transportaban de una zona a la otra debían atravesar una serie de puertas metálicas que volvían a cerrarse de inmediato en cuanto algo las transponía. A Lao Dao no le hacía ni pizca de gracia la idea de atravesar otra vez el terreno cambiante, pero tampoco tenía elección.

Azotado por el viento que restallaba a su alrededor, comenzó a regresar al Primer Espacio arrastrándose por la tierra, que todavía estaba rotando. Se agarró a los elementos estructurales metálicos que sobresalían del suelo, esforzándose por no perder ni el equilibrio ni los nervios, hasta que consiguió coronar gateando el borde de este mundo lejano. Se sentía desorientado y mareado a causa de la intensa escalada; obligándose a contener las arcadas, permaneció inmóvil durante unos instantes, tendido en el suelo.

El sol ya había salido cuando se incorporó.

Lao Dao no había visto nada igual en toda su vida. El amanecer era un proceso gradual. El firmamento lucía un azur puro e intenso, con un ribete anaranjado en el horizonte, decorado por finos jirones nubosos que lo surcaban en diagonal. Los aleros de un edificio cercano, que bloqueaban el sol, parecían especialmente oscuros contra aquel deslumbrante telón de fondo. Conforme el sol seguía ascendiendo, el azul del cielo se diluyó un poco, adoptando un tinte todavía más apacible y cristalino. Lao Dao se levantó y empezó a correr hacia el sol; quería capturar un rayo de aquel brillo dorado que ya comenzaba a desvanecerse. Las siluetas de las ramas de los árboles se recortaban contra el firmamento, meciéndose. El corazón martilleaba en su pecho. Jamás se habría imaginado que un amanecer pudiera ser tan conmovedor.

Transcurridos unos instantes, aminoró el paso y se sosegó. Estaba en medio de la calle, flanqueada por árboles muy altos y grandes superficies de césped. Al mirar a su alrededor, no vio ni rastro de ningún edificio. Desconcertado, se preguntó si realmente habría llegado al Primer Espacio. Observó las hileras de recios ginkgos, pensativo.

Retrocedió un par de pasos y se dio la vuelta para mirar en la dirección por la que había venido. Había un letrero indicador junto a la carretera. Sacó el

teléfono y consultó un mapa; aunque no tenía autorización para acceder a los callejeros del Primer Espacio, había descargado y guardado unos cuantos antes de comenzar el viaje. Encontró tanto su ubicación actual como el destino que buscaba: estaba en las proximidades de un enorme parque público, y la grieta de la que había surgido se extendía junto a uno de sus lagos.

Lao Dao corrió durante aproximadamente un kilómetro por las calles desiertas hasta llegar al distrito residencial en el que vivía su objetivo. Se apostó detrás de unos arbustos para vigilar la casa sin levantar sospechas.

Yi Yan salió de su vivienda a las ocho y media.

Qin Tian no exageraba al describir su elegancia, aunque quizá no fuese tan guapa como le había contado el muchacho. Lao Dao no se sorprendió, sin embargo. Ninguna mujer podía ser tan hermosa como el retrato verbal que le había pintado Qin Tian. Ahora entendía por qué le había hablado tanto Qin Tian de su boca: sus ojos y su nariz eran francamente anodinos. Sí que lucía una bonita figura, no obstante: era alta, de huesos delicados. Llevaba puesto un vestido blanco como la leche, con una falda vaporosa. Su cinturón estaba tachonado de perlas, y lucía unos elegantes zapatos de tacón negros.

Lao Dao se acercó a ella. Lo hizo de frente, para no asustarla, y ensayó una honda reverencia ante ella cuando entre ambos mediaba todavía una distancia considerable.

La muchacha se detuvo, observándolo con expresión sorprendida.

Lao Dao se aproximó un poco más y le explicó su misión. Sacó el sobre que contenía el medallón y la carta de Qin Tian.

—Márchate, por favor —susurró Yi Yan, alarmada—. No puedo hablar contigo en estos momentos.

—Bueno... en realidad tampoco hace falta que sigamos hablando —dijo Lao Dao—. Solo tenía que entregarte esta carta.

La muchacha entrelazó las manos con firmeza y se negó a coger el sobre.

—No puedo aceptar eso ahora. Vete, por favor. Te lo ruego, hazme caso. ¿De acuerdo? —Sacó una tarjeta de visita del bolso y se la dio—. Búscame en esta dirección, a mediodía.

Lao Dao miró la tarjeta. En la parte superior aparecía el nombre de un banco.

—A mediodía —insistió ella—. Espérame en el supermercado subterráneo.

Lao Dao se dio cuenta de lo nerviosa que estaba. Asintió con la cabeza, se guardó la tarjeta y volvió a esconderse tras los arbustos. Instantes después, un hombre salió de la casa y se detuvo junto a Yi Yan; debía de tener la misma edad que Lao Dao, quizá un par de años menos. Iba vestido con un traje gris oscuro cortado a medida, era alto y ancho de espaldas. Su constitución era fornida, aunque no estaba gordo. Su rostro no destacaba por ningún rasgo en especial: facciones redondeadas, gafas, cabello pulcramente peinado con raya al lado.

El hombre le pasó un brazo por la cintura a Yi Yan y le dio un beso en los labios. La joven pareció corresponder a su gesto con reticencia.

Lao Dao empezó a darse cuenta de lo que ocurría.

Un carro monoplaza aparcó frente a la casa. De color negro, con dos ruedas y un dosel, se parecía a los carruajes antiguos o a los *rickshaws* que podían verse en la tele, solo que de este no tiraba ningún caballo ni ninguna persona. El vehículo se inclinó hacia delante. Yi Yan montó en él, se sentó y se alisó recatadamente la falda del vestido alrededor de las rodillas. El carro se enderezó y empezó a moverse a un ritmo lento pero constante, como si lo remolcase alguna fuerza invisible. Llegó otro cuando el de Yi Yan se hubo perdido de vista, en esta ocasión para recoger al hombre.

Lao Dao deambulaba de un lado para otro, indeciso. En su garganta latía una sensación que no era capaz de articular. Bañado por el sol, cerró los ojos y aspiró por la nariz. El aire fresco y limpio le llenó los pulmones y logró procurarle por lo menos un ápice de tranquilidad.

Se puso en marcha instantes después. La dirección que le había proporcionado la muchacha quedaba hacia el este, a poco más de tres kilómetros de distancia. Había muy pocos transeúntes en la avenida peatonal, y tan solo un puñado de coches circulaban a gran velocidad, como manchas borrosas, por la vía de ocho carriles. Se cruzó ocasionalmente con mujeres bien vestidas que viajaban en carros de dos ruedas como el que se había llevado a Yi Yan. Las pasajeras adoptaban unas poses tan gráciles que daban la impresión de estar participando en algún desfile de moda. Nadie le prestaba atención a Lao Dao. Los árboles se

mecían con la brisa; a su sombra, el aire parecía impregnado con el perfume de aquellas mujeres tan sofisticadas.

El despacho de Yi Yan se encontraba en el distrito comercial de Xidan, donde no había ningún rascacielos a la vista, tan solo unos cuantos edificios bajos desperdigados alrededor de un parque de grandes dimensiones. Aunque las construcciones daban la impresión de estar aisladas unas de otras, en realidad todas formaban parte del mismo complejo, conectadas entre sí mediante túneles subterráneos.

Lao Dao encontró el supermercado. Todavía era pronto. En cuanto hubo puesto el pie dentro, un carrito para la compra empezó a seguirlo adondequiera que iba. Cada vez que se paraba delante de una estantería, la pantalla del carro le mostraba el nombre de los productos que contenían las baldas, sus respectivas descripciones, reseñas de clientes anteriores y comparativas con otros artículos de la misma categoría que pertenecían a otras marcas. Todos los eslóganes publicitarios que había en la tienda estaban redactados en idiomas extranjeros. Los envoltorios de todos los alimentos eran muy refinados, y había pastelitos y fruta troceada en bandejas de aspecto succulento a disposición de los clientes.

Aunque no había vigilantes de seguridad ni dependientes a la vista en todo el supermercado, Lao Dao no se atrevió a tocar nada; guardaba las distancias como si todo fuese un animal exótico y peligroso.

Aparecieron más clientes antes del mediodía. Unos cuantos hombres trajeados entraron en el establecimiento, cogieron unos sándwiches y los agitaron ante el escáner que había junto a la puerta antes de salir a toda prisa de nuevo. Al igual que ocurriera antes en la calle, nadie le prestó la menor atención a Lao Dao, que aguardaba en un discreto rincón cerca de la entrada.

Cuando llegó Yi Yan, Lao Dao se apresuró a acudir a su encuentro. La muchacha miró en rededor con gesto furtivo y, sin mediar palabra, condujo a Lao Dao hasta un pequeño restaurante emplazado junto a la puerta. Los recibieron dos pequeños robots ataviados con falditas de cuadros; recogieron el bolso de Yi Yan, los llevaron a un reservado y les dieron los menús. Tras presionar la carta en los lugares indicados para realizar su pedido, Yi Yan se la devolvió al robot, que giró sobre sus ruedas y se retiró sin hacer ruido camino de la trastienda.

Yi Yan y Lao Dao se quedaron sentados, en silencio, observándose mutuamente. Lao Dao sacó el sobre.

La muchacha no lo aceptó de inmediato.

—¿Me permites que te lo explique?

Lao Dao empujó el sobre en su dirección por encima de la mesa.

—Por favor, coge esto primero.

Yi Yan se lo devolvió.

—¿Puedo explicártelo antes?

—No hace falta que me expliques nada —dijo Lao Dao—. Yo no he escrito esta carta. Solo soy el mensajero.

—Pero te habrá pedido que vuelvas y le des una respuesta. —Yi Yan agachó la cabeza. El pequeño robot regresó con dos bandejas, una para cada uno, que contenían sendas lonchas de algún tipo de *sashimi* rojo, distribuidas como si fuesen pétalos de flores. Yi Yan no hizo el menor ademán de coger sus palillos, y tampoco Lao Dao. El sobre esperaba, abandonado entre ambas bandejas, sin que ninguno de ellos mostrase el menor interés por tocarlo—. No le he engañado —empezó la muchacha—. Ya estaba comprometida cuando nos conocimos, el año pasado. No le mentí ni le oculté la verdad a propósito... Bueno, a lo mejor sí que mentí, pero solo porque él asumió y dedujo su propia versión de la historia. Vio a Wu Wen una vez que fue a recogerme y me preguntó si era mi padre. No... no supe qué contestar, ¿lo entiendes? Era demasiado embarazoso. Me...

Yi Yan no fue capaz de seguir hablando.

Lao Dao aguardó un momento antes de replicar:

—Lo que haya pasado entre vosotros no me interesa. Ahora lo único que importa es que cojas la carta.

Yi Yan dejó la cabeza inclinada durante unos instantes y por fin volvió a mirarlo a los ojos.

—Cuando vuelvas, ¿podrías... ayudarme no contándoselo todo?

—¿Por qué?

—Porque no quiero que piense que solo estaba jugando con sus sentimientos. Me gusta de verdad, es solo que me siento muy indecisa.

—Esto no es de mi incumbencia.

—Por favor, te lo suplico... Me gusta de veras.

Lao Dao guardó silencio un momento.

—Pero ¿te casaste al final?

—Wu Wen era muy bueno conmigo. Llevábamos juntos varios años. Conocía a mis padres y hacía mucho que estábamos comprometidos. Además... soy tres años mayor que Qin Tian y temía que eso no le gustara. Qin Tian creía que yo era una becaria, como él, y reconozco que obré mal al no contárselo todo. No sé por qué le dije al principio que yo también estaba de prácticas, pero después me parecía cada vez más difícil corregirlo. Nunca pensé que pudiera ir en serio.

Yi Yan desgranó lentamente su versión de la historia para Lao Dao. En realidad era una de las secretarias del presidente del banco, donde ya llevaba trabajando dos años cuando conoció a Qin Tian. La habían enviado a las Naciones Unidas para ampliar su formación y estaba colaborando en el simposio. Lo cierto era que su marido ganaba tanto dinero que ella no tenía ninguna necesidad de trabajar, pero no le gustaba la idea de pasarse todo el día encerrada en casa. Tenía un empleo de media jornada y un sueldo en consonancia. El resto del tiempo era suyo para disponer de él a su antojo, y siempre le había gustado ampliar sus conocimientos y conocer gente nueva. Había disfrutado realmente de aquellos meses de formación en la ONU. Le contó a Lao Dao que había muchas esposas en su misma situación, trabajando a tiempo parcial. Cuando ella terminaba su turno a mediodía, por ejemplo, otra mujer adinerada la relevaba y ejercía las funciones de secretaria del presidente por las tardes. Aunque no le hubiese revelado toda la verdad a Qin Tian, le aseguró a Lao Dao que su corazón era honesto.

—Entonces —concluyó mientras servía en el plato de Lao Dao una cucharada de la nueva bandeja caliente que acababa de llegar—, ¿te importaría no decírselo, al menos temporalmente? Por favor... dame una oportunidad de explicárselo en persona.

Lao Dao aún no había tocado los palillos. Estaba famélico, pero no se sentía capaz de digerir esa comida.

—Si lo hiciera —respondió, al cabo—, también yo estaría convirtiéndome en un embustero.

Yi Yan abrió el bolso, sacó su cartera y extrajo de ella cinco billetes de diez mil yuanes. Los empujó por encima de la mesa en dirección a Lao Dao.

—Por favor, acepta esta muestra de mi gratitud.

Lao Dao se quedó sin habla. No había visto nunca unos billetes impresos con una cifra tan alta, ni los había necesitado siquiera. Se levantó casi sin darse cuenta, indignado. El modo en que Yi Yan había sacado el dinero le sugería que la muchacha había previsto un intento de chantajearla por su parte, y eso era algo que a Lao Dao le parecía intolerable. *Así que esto es lo que piensan de quienes vivimos en el Tercer Espacio.*

Pensó que, si aceptaba el dinero, estaría defraudando a Qin Tian. El muchacho y él no eran amigos, cierto, pero eso no significaba que quisiera traicionar su confianza. Lao Dao sintió deseos de agarrar los billetes, tirarlos al suelo y marcharse sin mirar atrás. Pero no podía. Volvió a contemplar los billetes: las cinco láminas de papel impreso se desplegaban sobre la mesa como un abanico roto. La atracción que ejercían sobre él era palpable. De color azul celeste, no se parecían en nada a los billetes marrones de mil yuanes ni a los rojos de cien. Estos se veían más intensos y lejanos al mismo tiempo, envueltos en un halo de tentación seductora.

Yi Yan volvió a hurgar en su bolso, vaciándolo por completo. Tras sacar otros cincuenta mil yuanes de un bolsillo interior, los dejó con sus compañeros.

—Esto es todo lo que tengo. Por favor, acéptalo y ayúdame. —La muchacha hizo una pausa—. Mira, el motivo de que no quiera que se entere es porque aún no estoy segura de lo que voy a hacer. Quizá algún día consiga reunir el valor necesario para irme con él.

Lao Dao contempló los diez billetes que cubrían la mesa y la miró a los ojos. Presentía que ni siquiera ella misma creía en sus propias palabras. El temblor de su voz delataba las dudas que la atenazaban. Tan solo quería postergarlo todo, relegar cualquier posible decisión a un futuro indeterminado, para no tener que enfrentarse a la vergüenza ahora. Era poco probable que terminara fugándose con Qin Tian, pero tampoco quería que el joven la despreciara. De ahí su empeño por mantener viva la llama de la posibilidad, para acallar su conciencia.

Lao Dao era consciente de que Yi Yan se estaba engañando a sí misma, pero también a él le gustaría ser capaz de mentirse. Se dijo: *No me ata ningún compromiso a Qin Tian. Solo me pidió que le entregara su mensaje, y lo he hecho. El dinero que hay ahora encima de la mesa representa una nueva misión, el compromiso de guardar un secreto.* Transcurrido un instante, reflexionó: *Quizá algún día se reúna de verdad con Qin Tian, y en ese caso habré obrado bien guardando silencio. Además, tengo que pensar en Tangtang. ¿Por qué debería alterarme tanto por unos desconocidos en vez de anteponer el bienestar de Tangtang a cualquier otra consideración?*

Ya más tranquilo, descubrió que sus dedos ya estaban acariciando el dinero.

—Esto es... demasiado. —Necesitaba hacer algo para sentirse mejor—. No puedo aceptar todo esto.

—No le des más vueltas. —Yi Yan le plantó el dinero en la mano—. Es lo que gano en una semana. No te preocupes.

—¿Qué... qué quieres que le diga?

—Dile que en estos momentos no puedo estar a su lado, pero que me gusta realmente. Redactaré una nota para que se la lleves.

Yi Yan sacó una libreta del bolso; tenía el dibujo de un pavo real en la tapa, y el borde de las hojas era dorado. Arrancó una página y empezó a escribir. Su caligrafía parecía una hilera de calabazas inclinadas.

Lao Dao miró hacia atrás de reojo mientras salía del restaurante. Yi Yan todavía estaba sentada en el reservado, abstraída en la contemplación de uno de los cuadros que había en la pared. Qué elegante y refinado era su aspecto, como si perteneciera a aquel sitio y no tuviese la menor intención de irse de allí.

Estrujó los billetes que llevaba en el bolsillo. Se despreciaba a sí mismo, pero no se quería desprender del dinero.

Salió de Xidan y desanduvo el camino que lo había llevado hasta allí. Se sentía exhausto. La avenida peatonal estaba flanqueada por una fila de sauces llorones, a un lado, y una hilera de parasoles chinos, al otro. Avanzada la primavera, los árboles lucían un aspecto exuberante y frondoso. Mientras Lao Dao caminaba, el sol del atardecer le caldeó las facciones crispadas y arrojó algo de luz sobre su atribulado corazón.

Regresó al mismo lugar en el que había aparecido esa mañana. Ahora había mucha gente en el parque, y las dos hileras de ginkgos se veían tupidas y majestuosas. De vez en cuando aparecían unos coches de color negro, y la mayoría de los transeúntes lucían suntuosos atuendos occidentales hechos a medida o elegantes trajes chinos de tonos oscuros; todos tenían en común el mismo aire engreído. También había algunos extranjeros. Varias personas conversaban en pequeños corrillos; otras se saludaban al verse de lejos, riéndose mientras acortaban la distancia para estrecharse la mano y seguir paseando juntas.

Lao Dao titubeó, sin saber adónde ir ahora. No había tanta gente en la calle como para no llamar la atención si se quedaba allí plantado. Por otra parte, estaría fuera de lugar en cualquier espacio público. Lo que quería era adentrarse en el parque, acercarse a la fisura y esconderse en cualquier rincón para echar una cabezada. Estaba rendido, pero no se atrevía a dormir al aire libre.

Se fijó en que nadie les daba el alto a los coches que entraban en el parque, de modo que probó a seguir acercándose a pie. Cuando se encontraba ya en las inmediaciones de la puerta, sin embargo, reparó en la presencia de los dos robots que patrullaban la zona. Aunque los coches y otros peatones cruzaban su perímetro de vigilancia sin ningún contratiempo, los robots comenzaron a pitar en cuanto detectaron la presencia de Lao Dao y giraron sobre sus ruedas para dirigirse hacia él. En medio de la placidez vespertina que reinaba en el ambiente, el ruido que hacían resultaba especialmente estridente. Todas las miradas se posaron en él.

El pánico se apoderó de Lao Dao, el cual sospechaba que debía de ser su aspecto desaliñado lo que había alertado a los robots. En voz baja, susurrando, les aseguró que se había dejado el traje dentro del parque, pero los centinelas mecánicos hicieron oídos sordos mientras continuaban emitiendo pitidos,

acompañados del centelleo de unas luces rojas sobre sus cabezas. Las personas que merodeaban por los alrededores interrumpieron su paseo para observarlo como si se tratara de un delincuente o un excéntrico al que le faltase un tornillo. Tres hombres salieron de un edificio y se acercaron corriendo a Lao Dao, que ya tenía el corazón en un puño. Tendría que haber intentado escapar, pero ahora era demasiado tarde.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó el primero de los hombres en llegar hasta él.

Lao Dao, al que no se le ocurría qué alegar en su defensa, empezó a restregarse compulsivamente las manos contra las perneras de los pantalones.

El hombre que se había dirigido a él, de unos treinta años de edad, lo escaneó con un disco plateado del tamaño aproximado de un botón, moviendo la mano alrededor de su figura sin dejar de observar con suspicacia a Lao Dao, como si este fuese una cola de langosta y su mirada las tenazas con las que estuviese intentando partirla.

—Este hombre no consta en ninguno de nuestros archivos. —El hombre le hizo una seña a uno de sus compañeros, algo más entrado en años que él, el cual se había quedado a su espalda—. Arrestadlo.

Lao Dao intentó alejarse corriendo del parque.

Los dos robots lo adelantaron sigilosamente y le inmovilizaron las piernas. Las tenazas de sus brazos se convirtieron en unos grilletes que se cerraron con facilidad sobre sus tobillos. Tropezó y estuvo a punto de caerse, pero los autómatas lo sujetaron. Impotente, Lao Dao hubo de limitarse a protestar agitando los brazos en el aire.

—¿Por qué intentas huir? —El más joven de los tres hombres se acercó a él y le lanzó una mirada iracunda. Su voz había adquirido un timbre más riguroso.

—Pues... —Lao Dao se sentía como si tuviese un avispero furioso en la cabeza. Le costaba pensar con claridad.

Los dos robots lo levantaron por las piernas y depositaron sus pies en las plataformas que tenían junto a las ruedas antes de ponerse en marcha, en dirección al edificio más cercano, circulando en paralelo para transportar a Lao Dao. Sus movimientos eran tan fluidos y constantes y estaban tan bien sincronizados que, de

lejos, parecía que Lao Dao estuviera deslizándose con un par de patines en línea, como Nezha sobre sus Ruedas de Viento y Fuego.

Sentía una impotencia absoluta. Estaba enfadado consigo mismo por haber sido tan imprudente. ¿En qué cabeza cabía que un sitio tan frecuentado careciera de medidas de seguridad? Se reconvino por haberse dejado vencer por el cansancio hasta el punto de cometer un error tan estúpido. *Ahora sí que se acabó todo, pensó. No solo voy a quedarme sin el dinero, sino que encima me van a meter en la cárcel.*

Los robots siguieron un estrecho sendero que desembocaba en la puerta trasera del edificio, donde se detuvieron. Los tres hombres llegaron poco después. El más joven de ellos daba la impresión de estar discutiendo con el más veterano sobre qué hacer con Lao Dao, pero hablaban en voz tan baja que este no lograba distinguir los detalles de la conversación. Al cabo, el mayor de los tres se acercó a Lao Dao, abrió las tenazas con las que los robots le apresaban las piernas y, tras agarrarlo del brazo, se lo llevó escaleras arriba.

Lao Dao exhaló un suspiro de resignación, aceptando su suerte.

El hombre lo condujo a una habitación. Parecía la suite de un hotel, muy espaciosa, más que la sala de estar del apartamento de Qin Tian y aproximadamente el doble de grande que la unidad de residencia monopersonal del propio Lao Dao. Una inmensa cama de matrimonio presidía el centro del cuarto, decorado en tonos oscuros de marrón y dorado. La pared contra la que se apoyaba el cabecero de la cama exhibía unos dibujos abstractos de colores fluctuantes. Unas cortinas blancas, translúcidas, cubrían la contraventana, frente a la cual había una mesita circular y dos sillas que parecían cómodas. El nerviosismo de Lao Dao se intensificó; no acertaba a imaginarse quién era el hombre que lo había llevado hasta allí ni qué intenciones tenía.

—¡Siéntate, siéntate! —El hombre sonrió y le dio una palmadita en el hombro—. No pasa nada.

Lao Dao lo observó con recelo.

—Eres del Tercer Espacio, ¿verdad? —El hombre lo condujo hasta las sillas y le indicó que ocupase una de ellas.

Lao Dao no podía mentir.

—¿Cómo lo sabe?

—Por tus pantalones. —El hombre apuntó con el dedo a la cinturilla de los pantalones de Lao Dao—. Ni siquiera has cortado la etiqueta. Esa marca solo se vende en el Tercer Espacio. Recuerdo que mi madre le compraba esos mismos a mi padre cuando yo era pequeño.

—Señor, ¿es usted...?

—Tutéame, por favor. No debo de ser mucho mayor que tú. ¿Cuántos años tienes, por cierto? Yo, cincuenta y dos.

—Cuarenta y ocho.

—¿Lo ves?, solo te saco cuatro años. —Tras quedarse callado un momento, el hombre añadió—: Mi nombre es Ge Daping, pero puedes llamarme Lao Ge.

Lao Dao se tranquilizó un poquito. Lao Ge se quitó la chaqueta y estiró los brazos para desperezar los músculos agarrotados. Llenó un vaso con agua caliente de la espita que sobresalía de la pared y se lo dio a Lao Dao. Tenía el rostro alargado, y de las comisuras de sus ojos a los extremos de sus cejas, pasando por sus carrillos, era como si todos sus rasgos estuvieran deritiéndose. Incluso sus gafas daban la impresión de estar a punto de caerse de la punta de la nariz. Tenía el cabello ondulado, amontonado de cualquier manera encima de la coronilla. Al hablar, sus cejas brincaban cómicamente arriba y abajo. Se preparó una taza de té y le preguntó a Lao Dao si quería. Lao Dao negó con la cabeza.

—Yo también me crie en el Tercer Espacio —dijo Lao Ge—. ¡Somos prácticamente vecinos! Así que no hay motivo para desconfiar tanto de mí. Todavía conservo algo de autoridad y no tengo la menor intención de delatarte.

Lao Dao exhaló un hondo suspiro mientras para sus adentros se felicitaba por su buena suerte. Le contó a Lao Ge la experiencia que había vivido yendo al Segundo Espacio y después al Primero, pero omitió los detalles de su conversación con Yi Yan. Se limitó a decirle que había entregado con éxito su mensaje y que solo estaba esperando a que se produjera el Cambio para volver a casa.

También Lao Ge le refirió su historia a Lao Dao. Había crecido en el Tercer Espacio, donde sus padres trabajaban como repartidores a domicilio. Al cumplir los quince años había ingresado en una academia militar, y después se había unido al ejército. Allí ejerció de técnico especializado en radares, y merced a su esfuerzo,

a las aptitudes de las que hacía gala y al aprovechamiento de un par de oportunidades propicias que se le presentaron, acabó siendo ascendido a un puesto administrativo en el Departamento de Telecomunicaciones, con el rango de general de brigada. Como no provenía de una familia prominente, aquello era lo máximo a lo que podía aspirar dentro del ejército.

Se había retirado del servicio activo para entrar a trabajar en una agencia del Primer Espacio cuyo cometido consistía en prestar apoyo logístico a los organismos gubernamentales, organizando reuniones, preparando viajes y coordinando diversos acontecimientos sociales. El puesto era de índole manual, pero como su trabajo lo relacionaba con empleados del gobierno cuyos asuntos él debía gestionar y coordinar, se le permitía vivir en el Primer Espacio, donde en realidad había una cantidad nada desdeñable de profesionales como él: cocineros, médicos, secretarias, empleadas de hogar... trabajadores manuales sumamente especializados que se habían vuelto imprescindibles para sostener el estilo de vida del Primer Espacio. Su agencia había dirigido numerosas galas y actos sociales de renombre, y ahora Lao Ge era su director.

Quizá Lao Ge pretendiera restarse importancia al calificarse a sí mismo de «trabajador manual», pero Lao Dao sabía que para ganarse la vida y residir en el Primer Espacio se necesitaban unas habilidades extraordinarias. Quien ejerciese de chef aquí sería sin duda un maestro de las artes culinarias. Lao Ge debía de poseer mucho talento para haber recalado aquí, partiendo desde el Tercer Espacio, tras formarse como técnico en el ejército.

—Te convendría echarte una siesta —dijo Lao Ge—. Esta noche saldremos a cenar juntos.

Lao Dao, que seguía sin creerse su buena suerte, sintió una punzada de desasosiego. No logró resistirse a la llamada de las sábanas blancas y las almohadas mullidas, sin embargo, y se quedó dormido casi de inmediato.

Había oscurecido ya cuando despertó. Lao Ge, que estaba peinándose delante del espejo, le enseñó un traje que yacía estirado en el sofá y le pidió que se cambiara. Después le prendió una insignia diminuta, que emitía un suave resplandor rojo, en la solapa: la nueva identidad de Lao Dao.

Abajo, el enorme vestíbulo estaba abarrotado de gente. Acababa de terminar algún tipo de presentación, y los asistentes conversaban en pequeños corrillos. En un extremo de la sala se veían unas grandes puertas abiertas, tapizadas en cuero de

color burdeos, que conducían al comedor de gala. El recibidor estaba repleto de pequeñas mesas de bar, todas ellas cubiertas por un mantel blanco anudado en el pie con un lazo dorado y decoradas con un jarroncito con una azucena. Junto a los jarrones había cuencos con galletas saladas y frutos secos a modo de aperitivo; en otra mesa, alargada y ubicada a un lado de la sala, se servía vino y café. Los invitados confraternizaban y charlaban entre las mesas mientras unos pequeños robots equipados con bandejas deambulaban entre sus piernas recogiendo los vasos vacíos.

Obligándose a mantener la calma, Lao Dao siguió a Lao Ge y se internó en el bullicioso escenario, camino del comedor. Vio que una gigantesca pancarta rezaba: «La ciudad plegable cumple cincuenta años».

— ¿Qué es... esto?

— ¡Una fiesta! —Lao Ge siguió caminando sin dejar de examinar las decoraciones—. Xiao Zhao, ven un momento. Quiero que compruebes otra vez las tarjetas de las mesas. No me fío de los robots para este tipo de cosas. Su flexibilidad a veces deja bastante que desear.

Lao Dao vio que el comedor de gala estaba lleno de grandes mesas redondas, decoradas con centros de flores recién cortadas.

La escena se le antojaba irreal. Se refugió en una esquina y se quedó mirando la gigantesca araña que colgaba del techo, como si algún tipo de revelación deslumbrante se cerniera sobre su cabeza y él no fuese más que una mota insignificante en la periferia de su existencia. Había un atril instalado en el estrado, al frente de la sala, y tras él un telón de fondo sobre el que se proyectaba una incesante sucesión de imágenes con Pekín como protagonista. Las fotografías, tomadas a vista de pájaro, capturaban la ciudad en su totalidad: la suave luz del alba y del ocaso; el cielo cárdeno y azul oscuro; las nubes que se perseguían por el firmamento; la luna que salía por una esquina; el sol que se escondía tras un tejado. Las imágenes aéreas ponían de manifiesto el esplendor de la arcaica simetría de Pekín; la moderna expansión de patios de ladrillo y grandes parques verdes que se extendía hasta la Carretera del Sexto Anillo; los teatros de estilo chino; los museos de estilo japonés; las salas de conciertos de estilo minimalista. También había panorámicas que abarcaban la ciudad en su conjunto, imágenes que incluían las dos facetas de Pekín durante el Cambio: la tierra en pleno giro, revelando la otra cara, tachonada de rascacielos de agresivos contornos rectilíneos; hombres y mujeres que se dirigían con brío al trabajo; rótulos de neón que iluminaban la

noche y eclipsaban las estrellas; inmensos edificios de apartamentos, cines, clubes nocturnos abarrotados de gente guapa.

En ninguna foto, sin embargo, salía el lugar donde trabajaba Lao Dao.

Contemplaba la pantalla con suma atención, preguntándose si mostrarían alguna imagen de la construcción de la ciudad plegable. Soñaba con vislumbrar siquiera un atisbo de la época de su padre. Este, cuando él era pequeño, acostumbraba a señalar con el dedo los edificios que se veían por la ventana y a contarle historias que empezaban siempre con un: «Por aquel entonces, nosotros...». En una de las paredes de su abarrotada vivienda colgaba una vieja fotografía en la que su padre estaba colocando ladrillos, labor que debía de haber repetido miles, cuando no cientos de miles, de veces. Lao Dao había visto esa foto hasta la saciedad, pero ahora, en este momento, nada le gustaría más que encontrarse con la imagen de unos obreros apilando ladrillos, aunque solo fuese durante unos segundos.

Se quedó absorto en sus pensamientos. Esta era también la primera vez que podía apreciar el aspecto que ofrecía el Cambio visto de lejos. No recordaba haberse sentado, ni sabía en qué momento exacto quienes lo rodeaban habían empezado a imitarlo. Un orador había subido ahora al estrado, aunque Lao Dao tardó en percatarse y se perdió los primeros minutos de su discurso.

—... ventajoso para el desarrollo del sector servicios. La economía terciaria depende tanto del tamaño de la población como de su densidad. En estos momentos, en nuestra ciudad, esta rama de la industria genera más del ochenta y cinco por ciento del PIB, en consonancia con las características generales de las principales metrópolis del mundo. Otros sectores importantes serían la economía ecológica y la del reciclaje.

Lao Dao ya estaba prestándole toda su atención. La «economía ecológica» y la «economía del reciclaje» se mencionaban a menudo en la planta de tratamiento de residuos, además de protagonizar eslóganes pintados en las paredes en caracteres más altos que él. Se fijó mejor en el orador que ocupaba el estrado: un hombre mayor, de aspecto robusto y enérgico a pesar de sus cabellos plateados.

—... toda la basura se selecciona y procesa en estos momentos, lo que nos ha permitido alcanzar antes de lo previsto nuestros objetivos relacionados con el ahorro de energía y la reducción de la contaminación. Hemos desarrollado una economía del reciclaje sistemática y a gran escala en la que los minerales menos

abundantes y los metales preciosos que se extraen de los residuos pueden reutilizarse en los procesos de manufacturación. Incluso la tasa de plásticos reciclados es superior al ochenta por ciento. Las plantas de reciclaje, conectadas directamente con las de reprocesamiento...

Lao Dao tenía un pariente lejano que trabajaba en una de esas plantas de reprocesamiento, ubicada en un parque tecnológico lejos de la ciudad. El complejo consistía en hectáreas y más hectáreas de edificios industriales y, por lo que había llegado hasta sus oídos, todas las plantas eran muy parecidas: las máquinas funcionaban prácticamente solas y había muy pocos operarios. De noche, cuando se reunían los trabajadores, se sentían como los últimos supervivientes de algún tipo de tribu, aislados en una espesura remota y en peligro de extinción.

Volvió a sumirse en sus cavilaciones. Solo la feroz ovación que suscitó el fin del discurso consiguió sacarlo de sus caóticos pensamientos y devolverlo a la realidad. También él aplaudió, aunque no habría sabido decir por qué. Vio cómo el orador bajaba del estrado y retomaba su sitio de honor en la mesa principal. Todas las miradas estaban puestas en él.

Fue entonces cuando Lao Dao vio a Wu Wen, el marido de Yi Yan.

Estaba en la mesa contigua a la principal. Mientras el anciano que acababa de hablar se sentaba, Wu Wen se acercó a él para proponerle un brindis. Lo que dijo debió de suscitar el interés del anciano, pues este volvió a levantarse y salió del comedor de gala en compañía de Wu Wen.

Casi sin darse cuenta, Lao Dao se dejó vencer por la curiosidad y se incorporó a su vez, dispuesto a seguirlos. Aguzó el oído tras apostarse a una distancia prudencial y, a hurtadillas, consiguió escuchar fragmentos sueltos de su conversación.

—... esta idea tiene muchas ventajas —estaba diciendo Wu Wen—. Sí, he visto sus equipos... tratamiento de residuos automático... utilizan un disolvente químico que lo pulveriza y lo digiere todo antes de extraer los materiales reutilizables en bloque... limpio y muy económico... ¿Le importaría considerar la propuesta?

Wu Wen hablaba en voz baja, pero Lao Dao había oído con total nitidez las palabras «tratamiento de residuos» y se acercó un poco más.

La expresión del anciano de cabellos plateados era inescrutable. Cuando Wu

Wen hubo acabado, aguardó unos momentos antes de replicar:

—¿Y ese disolvente es seguro? ¿No entraña ningún riesgo de contaminación tóxica?

Wu Wen titubeó.

—La versión actual todavía genera un poco de contaminación... pero estoy convencido de que conseguirán reducirla al mínimo dentro de nada.

Lao Dao siguió acercándose.

El anciano sacudió la cabeza, con la mirada fija en Wu Wen.

—Las cosas no son así de simples. Si apruebo tu proyecto y se termina implantando, habrá graves consecuencias. Si, según tú, este proceso no necesita mano de obra, ¿qué piensas hacer con las decenas de millones de personas que perderán su trabajo?

El anciano se dio la vuelta y regresó al comedor de gala. Wu Wen se quedó plantado en el sitio, estupefacto. Otro hombre, al que Lao Dao había visto antes junto al anciano (uno de sus secretarios, quizá), se acercó a él.

—Lo mejor será que vuelvas adentro y disfrutes de la comida —le dijo, con actitud comprensiva—. Ya sabes cómo funciona esto. El empleo es nuestra prioridad. ¿De verdad crees que a nadie se le había ocurrido antes utilizar ese tipo de tecnología?

Lao Dao comprendía vagamente que aquello de lo que estaban hablando guardaba algún tipo de relación con él, aunque ignoraba si se trataba de buenas o malas noticias. La expresión de Wu Wen pasó del desconcierto al enojo, primero, y por último a la resignación. Sin poder evitarlo, Lao Dao se compadeció de él: sabía lo que era experimentar un momento de debilidad.

El secretario reparó en su presencia, de súbito.

—¿Eres nuevo aquí?

Lao Dao se sobresaltó.

—¿Eh? Pues...

—¿Cómo te llamas? ¿Por qué no me ha informado nadie de que se ha ampliado la plantilla?

El corazón de Lao Dao latía desbocado en su pecho. No sabía qué decir. Se señaló el pin que llevaba en la solapa, como si esperase que la insignia pudiera empezar a hablar o ayudarle de alguna manera. No ocurrió nada, sin embargo. Le sudaban las manos. El secretario seguía mirándolo fijamente, cada vez más suspicaz. Interceptó a otro de los empleados que pululaban por el vestíbulo, y el hombre dijo que no sabía quién era Lao Dao.

La expresión del secretario ya se había vuelto sombría y severa. Agarró a Lao Dao por el brazo y utilizó la mano libre para aporrear las teclas de su comunicador.

El corazón de Lao Dao amenazaba con salirse por la garganta, pero justo entonces vio a Lao Ge.

Este se apresuró a acudir a su encuentro y, con un gesto fluido, apagó el comunicador del secretario, al que saludó con una sonrisa y una honda reverencia. Le explicó que andaba escaso de empleados para la ocasión, por lo que había tenido que pedirle a un colega de otro departamento que le echase una mano esa noche.

El secretario pareció creer a Lao Ge y regresó al comedor de gala. A fin de evitar más riesgos, Lao Ge se llevó a Lao Dao de vuelta a su habitación. Si alguien se tomaba la molestia de investigar en serio sus credenciales, no le costaría averiguar la verdad; ni siquiera Lao Ge sería capaz de protegerlo en tal caso.

—Supongo que estabas predestinado a no disfrutar del banquete —se rio Lao Ge—. Espérame aquí. Te traeré algo de comida más tarde.

Lao Dao se tumbó en la cama y volvió a quedarse dormido mientras repasaba en su cabeza la conversación que habían mantenido Wu Wen y el anciano. *Tratamiento de residuos automático... ¿En qué consistiría algo así? ¿Sería bueno o malo?*

Lo despertó un olor delicioso. Lao Ge había colocado unos cuantos platos encima de la mesita circular y estaba sacando uno más del horno encastrado en la pared. También había traído una botella de *baijiu* medio llena, que utilizó ahora para servir dos vasitos.

—Había una mesa con tan solo dos comensales y se fueron enseguida, así que ni siquiera tocaron la mayoría de los platos. Te he traído unos pocos. No es gran cosa, pero quizá que resulten de tu agrado. Espero que no me lo tengas en cuenta, pero solo puedo ofrecerte estas sobras.

—En absoluto —dijo Lao Dao—. Celebro poder llevarme algo a la boca. ¡Todo tiene una pinta magnífica! Esto debe de ser muy caro, ¿verdad?

—El menú del banquete se prepara directamente en esta cocina y no consta en la carta, así que ignoro por cuánto podría salir en un restaurante. —Lao Ge ya había empezado a comer—. Tampoco es nada del otro mundo... Si tuviera que apostar, diría que su precio oscila entre los diez mil y los veinte mil yuanes. Quizá haya un par de platos especiales que asciendan a treinta o cuarenta mil. No más de eso.

Tras probar un par de bocados, Lao Dao se dio cuenta de lo hambriento que estaba. Se había acostumbrado a saltarse las comidas y, en ocasiones, podía aguantar hasta un día entero en ayunas. A veces su cuerpo se echaba a temblar de forma incontrolable en tales ocasiones, pero había aprendido a sobrellevarlo. Ahora, sin embargo, lo poseía un apetito voraz. Deseó ser capaz de masticar más deprisa; era como si sus dientes no fuesen capaces de satisfacer las demandas del vacío que habitaba en su estómago. Probó a empujar la comida con un trago de *baijiu*: el licor era extraordinariamente fragante y Lao Dao no notó la menor quemazón en la garganta.

Lao Ge sonrió mientras degustaba su parte y lo veía comer.

—Ah. —Ahora que las protestas de su estómago por fin se habían apaciguado, Lao Dao se acordó de la conversación que había escuchado antes—. ¿Quién era ese hombre que ha pronunciado el discurso? Su cara me sonaba de algo.

—Sale mucho en la tele —respondió Lao Ge—. Es mi jefe, un hombre muy influyente. Dirige todo cuanto tenga que ver con las gestiones de la ciudad.

—Antes estaban hablando de algún tipo de tratamiento de residuos automático. ¿Crees que intentarán ponerlo en práctica?

—No sabría decirte. —Lao Ge bebió un sorbo de *baijiu* y dejó escapar un eructo—. Sospecho que no. Tienes que entender por qué se implantó el proceso de tratamiento manual desde el principio. Por aquel entonces, la situación aquí era

similar a la de Europa a finales del siglo XX. La economía estaba creciendo, pero también el desempleo. Imprimir cada vez más dinero no parecía solucionar el problema. La economía se negaba a obedecer la curva de Phillips.

Se rio al ver que Lao Dao daba la impresión de estar completamente perdido.

—Da igual. De todas formas, no ibas a entender estos asuntos.

Brindó con Lao Dao, los dos apuraron sus tragos de *baijiu*, y Lao Ge rellenó los vasos.

—Me atenderé al desempleo. Seguro que ese concepto sí que lo entiendes — continuó Lao Ge—. Conforme aumenta el coste de la mano de obra y se reduce el de la maquinaria, tarde o temprano resulta más barato usar máquinas que personas. El incremento de la productividad conlleva una subida del PIB, pero también del índice de desempleo. ¿Qué hacer? ¿Instaurar medidas políticas para proteger a los trabajadores? ¿Reforzar el estado del bienestar? Cuanto más se intenta proteger a los trabajadores, más aumenta el coste de la mano de obra y ampliar la plantilla se vuelve menos atractivo para las empresas. Si salieses ahora de la ciudad y visitaras los polígonos industriales verías que no hay prácticamente nadie trabajando en esas fábricas. Ocurre lo mismo con los cultivos. Las grandes granjas comerciales abarcan miles de hectáreas y todos los procesos están automatizados, por lo que no necesitan personas. Este nivel de automatización es indispensable si queremos que crezca nuestra economía. Así dimos alcance a Europa y América, ¿recuerdas? ¡Volviéndonos más competitivos! El problema es: ahora que hemos sacado a la gente tanto del campo como de las fábricas, ¿qué vamos a hacer con ella? En Europa optaron por una reducción generalizada de la jornada laboral, lo que incrementó para todo el mundo las oportunidades de conseguir empleo. Pero esto merma la vitalidad de la economía, ¿lo entiendes?

»La solución óptima pasa por reducir el tiempo que dedica a vivir un determinado segmento de la población y averiguar la manera de mantenerlo ocupado. ¿Qué hacer? Correcto, relegarlo a la noche. Esta estrategia tiene otra ventaja, y es que en la base de la pirámide social casi no se notan los efectos de la inflación. Los que reciban un crédito y consigan hacer frente a los intereses se gastarán todo el dinero que les imprimas. El aumento del PIB no se traduce en una subida proporcional del coste de la producción de artículos de primera necesidad, pero eso a la mayor parte de la población ni le quita el sueño ni le interesa saberlo siquiera.

Lao Dao lo escuchaba con atención, pese a estar enterándose solo a medias de lo que le decía. Detectaba, no obstante, una nota fría y cruel en las palabras de Lao Ge. Aunque este conservaba su talante jovial, Lao Dao se daba cuenta de que aquel tono jocosos no era más que un intento por embotar el filo de sus palabras para no hacerle daño. No demasiado, al menos.

—Pues sí, suena un poco frío —reconoció Lao Ge—, pero es la verdad. No es que intente defender este sitio porque viva aquí, pero después de tantos años, uno se insensibiliza un poquito. En la vida hay muchas cosas que escapan a nuestro control; lo único que podemos hacer es aceptarlo y seguir adelante.

Lao Dao por fin comenzaba a entender a Lao Ge, pero no sabía qué decir.

Los dos se achisparon y empezaron a rememorar el pasado: lo que comían de niños, las peleas en el patio del colegio. A Lao Ge le entusiasmaban los fideos de arroz con salsa picante y el tofu fermentado, platos que no se encontraban por ninguna parte en el Primer Espacio; los echaba mucho de menos. Le habló también de sus padres, que aún vivían en el Tercer Espacio. No podía visitarlos con tanta frecuencia como le gustaría porque cada viaje le exigía solicitar y obtener un permiso especial, para lo cual había que superar unos trámites interminables. Mencionó que existían unas pocas vías legales para alternar entre el Tercer Espacio y el Primero, dispensas que un puñado de privilegiados aprovechaban para viajar a menudo. Esperaba que Lao Dao les pudiera llevar unas cuantas cosas a sus padres, pues le pesaba y lamentaba el no poder estar a su lado y cuidar de ellos como se merecían.

Lao Dao le habló de su infancia solitaria. A la tenue luz de las lámparas, rememoró los paseos que solía dar por el perímetro del vertedero.

Era ya noche cerrada. Lao Ge, que debía bajar para cerciorarse de que la fiesta estuviera siguiendo su curso sin incidentes, invitó a Lao Dao a acompañarlo. Los invitados habían empezado a abandonar el salón de baile, donde la música estaba tocando a su fin, emergiendo con cara de cansancio en parejas o en grupos de tres. En palabras de Lao Ge, los directivos parecían gozar de unas reservas de energía inagotables y siempre prolongaban la celebración hasta el amanecer. El comedor de gala, desierto después de la cena, ofrecía un aspecto entre hastiado y desaliñado, como una secretaria que por fin hubiera podido quitarse el maquillaje tras una jornada agotadora. Lao Ge se carcajeó mientras observaba a los esforzados robots que bregaban por restaurar el orden en medio de aquel estropicio.

—Este es el único momento en el que el Primer Espacio muestra su auténtico rostro.

Lao Dao consultó su reloj: faltaban tres horas para el Cambio. Notó que ya tenía la cabeza algo más despejada. *Ha llegado el momento de irse.*

Al finalizar el banquete, el orador de cabellos plateados regresó a su despacho con la intención de arreglar unos papeles. Lo interrumpió una videollamada procedente de Europa. Era medianoche y se sentía cansado. Se quitó las gafas y se masajeó el puente de la nariz. Hora de irse a casa, por fin. Trabajaba hasta la medianoche casi todos los días.

Sonó el teléfono. Lo descolgó. Era su secretaria.

El informe del grupo de investigación asignado a la conferencia contenía una información preocupante. Alguien había detectado un error relacionado con una de las cifras en las pruebas de imprenta de la declaración, y el grupo de investigación quería saber si deberían reimprimirla entera. El anciano dio su aprobación sin parpadear. Se trataba de un asunto muy importante y no podían permitirse el menor desliz. Al preguntar por el nombre del responsable, la secretaria dijo que había sido el director Wu Wen.

El anciano se sentó en el diván y echó una cabezada. El teléfono volvió a sonar alrededor de las cuatro de la madrugada. El proceso de impresión estaba yendo un poco más lento de lo esperado; estimaban que tardaría otra hora.

Se levantó y miró por la ventana. Todo estaba en silencio. Las estrellas de Orión rutilaban brillantes sobre el oscuro telón de fondo del firmamento, y se reflejaban en la superficie del lago como si este fuera un espejo.

El mismo lago en cuya orilla se había sentado Lao Dao para esperar mientras llegaba el momento del Cambio.

Dejó vagar la mirada por el parque, arropado por las sombras de la noche, a sabiendas de que quizá esta fuese la última vez que veía algo así. No lo embargaba la tristeza, sin embargo, ni siquiera la melancolía. Era un lugar sereno y bellissimo, pero no guardaba la menor relación con él. No sentía ni envidia ni resentimiento. Quería recordar la experiencia, eso era todo. Había muy pocas luces encendidas aquí por la noche, nada que ver con los radiantes neones que iluminaban las calles del Tercer Espacio como si fuese de día. Los edificios de la ciudad daban la impresión de estar dormidos, respirando apacible y acompasadamente.

A las cinco de la mañana, la secretaria llamó de nuevo para informar de que

la declaración ya estaba reimpresa y encuadernada, pero los documentos todavía no habían salido de la imprenta y querían saber si deberían retrasar el Cambio programado.

El anciano, una vez más, tomó su decisión sin parpadear. Por supuesto que tenían que retrasarlo.

Las declaraciones impresas llegaron al escenario de la conferencia cuarenta minutos más tarde, pero aún había que introducirlas en alrededor de tres mil carpetas individuales.

Lao Dao contempló la delicada luz del amanecer. En esta época del año el sol no salía a las seis, pero seguía siendo posible ver cómo se iluminaba el cielo sobre el horizonte.

Estaba preparado. Echó un vistazo al teléfono: solo faltaban un par de minutos para las seis. Curiosamente, sin embargo, nada parecía indicar que estuviera a punto de producirse el Cambio. *A lo mejor es que, en el Primer Espacio, incluso el Cambio sucede de forma más fluida y constante.*

Pasaban diez minutos de las seis cuando la última copia de la declaración quedó guardada en la carpeta que le correspondía.

El anciano, que había estado aguantando la respiración, suspiró y dio la orden de iniciar el Cambio.

Lao Dao se percató de que la tierra comenzaba a moverse por fin. Se incorporó y se sacudió el entumecimiento que le agarrotaba las articulaciones. Con cautela, se acercó al filo de la fisura que ya se estaba ensanchando. Mientras el firme se elevaba a ambos lados de la grieta, se encaramó al borde, tanteó con los pies en busca de apoyo y emprendió el descenso. El suelo empezó a girar.

La secretaria llamó de nuevo a las seis y veinte, con una emergencia. El director Wu Wen, en un descuido, se había dejado en el comedor de gala una memoria portátil que contenía documentación importante. Le preocupaba que se la hubieran llevado los robots de limpieza; debía recuperarla cuanto antes.

Contrariado, el anciano dio la orden de frenar el Cambio y revertir su curso.

Lao Dao estaba descendiendo palmo a palmo por la sección transversal de la tierra cuando todo se detuvo en seco, de súbito, con una sacudida. Transcurridos

unos instantes, el suelo comenzó a moverse de nuevo, pero ahora en dirección contraria. La fisura se disponía a cerrarse. Aterrado, Lao Dao empezó a escalar todo lo deprisa que se atrevía, calculando cada uno de sus movimientos mientras arañaba el suelo con manos y pies.

La grieta se cerró antes de lo que esperaba y los dos bordes se unieron justo cuando él llegó arriba, de forma que atraparon una pierna por debajo de la rodilla. Aunque la tierra cedió lo suficiente como para no aplastarle los huesos, lo retenía con firmeza y no logró liberarse por mucho que lo intentara. El pánico y el dolor que sentía le perlaron la frente de sudor. *¿Me habrán descubierto?*

Lao Dao se quedó tendido en el suelo, atento al menor sonido. Le pareció oír pasos que se acercaban corriendo en su dirección. Supuso que la policía no tardaría en llegar para detenerlo. Quizá le amputasen la pierna y lo metiesen entre rejas sin nada más que un muñón. No acertaba a imaginarse en qué momento habrían desvelado su identidad.

Tumbado como estaba en la hierba, sintió el helor del rocío en la piel. La humedad del aire que se instalaba en el cuello y los puños de su camisa, manteniéndolo alerta y provocándole escalofríos. Contó los segundos para sus adentros, esperando contra toda esperanza que esto se debiera a un simple fallo. Intentó planear lo que iba a decir si lo capturaban. Debería mencionar la honradez y la diligencia que habían caracterizado su trabajo durante veintiocho años; tal vez así se apiadaran de él. Ignoraba si iban a someterlo a juicio. Ante sus ojos desfilaba un aciago destino tras otro.

También el destino oprimía ahora su pecho. De todo cuanto había experimentado en el transcurso de las últimas cuarenta y ocho horas, el episodio que más honda impresión le había causado era su conversación con Lao Ge mientras cenaban juntos. Lao Dao presentía que en ese momento había estado muy cerca de algo parecido a la verdad; quizá eso explicara que ahora pudiese vislumbrar una insinuación de la suerte que lo aguardaba. El atisbo era demasiado distante, sin embargo; demasiado frío e inaccesible. Tampoco tenía muy claro de qué serviría conocer la verdad. ¿Cuál era la utilidad de ver las cosas con nitidez cuando uno se sabía impotente para cambiarlas? Solo que en su caso, para colmo de males, la nitidez brillaba por su ausencia.

El destino era como una nube que, tras adoptar un efímero remedo de forma reconocible, se desvanecía en cuanto él intentaba fijarse mejor. Le constaba que no era más que una cifra. Solo era una persona corriente y moliente, otra más

entre 51.280.000 exactamente iguales que él. Y si no hiciera falta ser tan precisos y se hablara tan solo de cincuenta millones, por redondear, se desvanecería en los límites del margen de error, como si jamás hubiera existido. Había motas de polvo menos insignificantes que él. Se aferró a la hierba.

Wu Wen recuperó su memoria portátil a las seis y media; a las siete menos veinte estaba de nuevo en su casa.

A las siete menos cuarto, el anciano de cabellos plateados se acostó por fin en la pequeña cama de su despacho, agotado. Una vez emitida la orden pertinente, los engranajes del mundo habían comenzado a girar lentamente. Unas cubiertas transparentes se extendieron sobre la mesita auxiliar y el escritorio, asegurándolo todo en su sitio. Se levantaron unas barandillas a los costados de la cama, que liberó un gas somnífero y se elevó por los aires. Permanecería estática, como una cuna flotante, mientras giraba el suelo con todo lo que había encima de él.

El Cambio había empezado de nuevo.

Tras media hora sumido en la desesperación, Lao Dao sintió que sus esperanzas se renovaban. El suelo estaba moviéndose. Sacó la pierna de la fisura en cuanto le fue posible y retomó la fatigosa tarea de descender por la sección transversal en cuanto la brecha se hubo ensanchado lo suficiente, avanzando incluso con más cautela que antes. Le picaba y le dolía la pantorrilla, como si hubiera sufrido las picaduras de un millar de hormigas furiosas, ahora que su pierna entumecida había recuperado la circulación. Estuvo a punto de precipitarse al vacío en más de una ocasión. El dolor era insoportable; tuvo que morderse el puño para contener un grito. Se cayó; se levantó; volvió a caer; se levantó otra vez. Pugnó con todas sus fuerzas, con toda su habilidad, por no perder su asidero sobre la tierra en rotación.

Ni siquiera sabía cómo había subido las escaleras. Lo único que recordaba era haberse desmayado en cuanto Qin Tian abrió la puerta de su apartamento.

Lao Dao durmió durante diez horas seguidas en el Segundo Espacio. Qin Tian llamó a un compañero, estudiante de medicina, para que le ayudara a vendarle la herida. Había sufrido lesiones musculares y tenía los ligamentos dañados, pero, por suerte, no se había roto ningún hueso. Tardaría algún tiempo en volver a caminar con normalidad, sin embargo.

Cuando se despertó, Lao Dao le dio la carta de Yi Yan a Qin Tian y lo

observó mientras la leía. La expresión del muchacho denotaba una mezcla de júbilo y añoranza. No dijo nada. Lao Dao sabía que Qin Tian permanecería mucho tiempo sumido en su estado de remota esperanza.

Ya de regreso en el Tercer Espacio, Lao Dao pensó que se sentía tan exhausto como si se hubiera pasado un mes entero viajando. La ciudad comenzaba a despertarse de forma paulatina. La mayoría de los residentes habían dormido a pierna suelta y se disponían a retomar su vida allí donde la habían dejado al finalizar el ciclo anterior. Nadie se daría cuenta de que Lao Dao se había marchado.

En cuanto los vendedores de la avenida peatonal hubieron abierto sus establecimientos, se sentó a una mesa de plástico y pidió un tazón de *chow mein*. Por primera vez en su vida, Lao Dao encargó una ración extra de cerdo picado con los fideos. *Solo esta vez, pensó. A modo de recompensa.*

Después buscó la dirección que le había dado Lao Ge y les entregó a sus padres dos cajas con medicamentos. Los ancianos estaban incapacitados y ya no se podían mover; una joven de semblante adusto compartía su techo y cuidaba de ellos.

Lao Dao se dirigió a su unidad de residencia monopersonal muy despacio, renqueante. El pasillo era un hervidero bullicioso y caótico, inundado con la conmoción propia de una mañana cualquiera: la gente se cepillaba los dientes, tiraba de la cadena, discutía con su familia... A su alrededor, todo eran cabellos desaliñados y cuerpos a medio vestir.

El ascensor tardó un rato en llegar. Nada más bajarse en su planta, oyó un griterío. Eran las dos chicas que vivían en la puerta de al lado, Lan Lan y Ah Bei; estaban discutiendo con la señora mayor que se encargaba de recaudar el dinero del alquiler. Todas las unidades del edificio eran viviendas públicas, pero el distrito residencial tenía un agente designado para cobrar el alquiler, y cada edificio, cada planta incluso, contaba con su propio subagente. La anciana, muy flaca y apergaminada, vivía allí desde hacía mucho tiempo, sola. Su hijo se había ido y nadie conocía su paradero. Su puerta siempre estaba cerrada a cal y canto y apenas si se relacionaba con los demás residentes. Lan Lan y Ah Bei, que se habían mudado allí hacía poco, trabajaban en una tienda de ropa. Ah Bei estaba encarándose con la anciana, desgañitándose, mientras Lan Lan intentaba sujetarla. Ah Bei se giró y le pegó un grito a Lan Lan; Lan Lan se echó a llorar.

—Todos debemos acatar el contrato, ¿verdad? —La anciana señaló el texto

que se deslizaba por la pantalla que había instalada en la pared—. ¡No os atreváis a llamarme mentirosa! ¿Sabéis lo que es un contrato de arrendamiento? Porque lo pone aquí mismo, negro sobre blanco: en otoño y en invierno se cobrará un recargo del diez por ciento por la calefacción.

—¡Ja! —Ah Bei levantó la barbilla en dirección a la mujer, desafiante, mientras se cepillaba el pelo como si estuviera intentando arrancárselo a tirones—. ¿Te crees que nos engañas con tus trucos baratos? Apagas la calefacción en cuanto nos vamos a trabajar y después nos cobras la electricidad que no hemos estado usando para quedarte con el dinero extra. ¿Te crees que nos chupamos el dedo? Todos los días, cuando volvemos de la tienda, el piso parece una nevera. ¿Te piensas que puedes aprovecharte de nosotras porque somos nuevas?

La voz de Ah Bei, estridente y aguda, cortaba el aire como un cuchillo. Lao Dao se fijó mejor en la muchacha, contempló su joven rostro, indignado y decidido, y pensó que era muy guapa. Ah Bei y Lan Lan le ayudaban a menudo a cuidar de Tangtang cuando él debía ausentarse de casa, y en ocasiones cocinaban incluso para él y le hacían gachas. Le gustaría que Ah Bei dejase de gritar, que se olvidara de estas trivialidades y parase de discutir. Le gustaría decirle que una chica tan joven como ella debería sentarse con elegancia y en silencio, cubrirse las rodillas con la falda y sonreír para lucir los dientes tan bonitos que tenía. Así se conseguía que los demás te quisieran. Pero sabía que no era eso lo que necesitaban Ah Bei y Lan Lan.

Sacó un billete de diez mil yuanes de su bolsillo interior y se lo dio a la anciana. Le temblaba la mano a causa de la debilidad que sentía. La anciana enmudeció de asombro, al igual que Ah Bei y Lan Lan. A Lao Dao no le apetecía dar explicaciones. Se despidió de todas ellas con la mano y entró en su unidad.

Tangtang comenzaba a desperezarse en su cuna, restregándose los ojillos somnolientos. Lao Dao observó su rostro y sintió que su corazón exhausto se ablandaba. Recordó cómo había encontrado a Tangtang, con la carita cubierta de porquería y lágrimas secas, frente a la planta de tratamiento de residuos. Jamás se había arrepentido de haberla recogido en el acto.

La pequeña se rio y chasqueó los labios. Lao Dao pensó en lo afortunado que era. Estaba magullado, sí, pero no lo habían pillado y había conseguido volver a casa con el dinero. Ignoraba cuánto tiempo tardaría Tangtang en aprender a bailar y a cantar, en convertirse en una jovencita elegante, pero eso era ya lo de menos.

Consultó su reloj. Hora de irse al trabajo.

Traducción de
Manuel de los Reyes y David Tejera Expósito